

VEINTE MAMÍFEROS SILVESTRES QUE VIVEN CERCA DE TI EN LA MICROCUENCA DE CHALMA

Agua dulce, Amate Amarillo, Campos de San Martín, Casablanca, Chalma, Chalmita, Chichicasco, Club de Golf Malinalco, Cocoyotla, Colapa, Colonia Aldama, Colonia Guadalupe Victoria, Colonia Juárez, Colonia La Huerta, Ejido de Chalmita, Doctor Gustavo Baz, El Ahuehuete, El Balcón, El Campanario, El Canelillo, El Guarda, El Obrador, El Zapote, Jalmolonga, Jesús María, Joya Redonda, La Angostura, La Cañada, La Loma, Las Canoas, Las Trojes, Ladrillera, Llano Viejo, Loma del Cóporo, Malinalco, Monte Grande, Noxtepec, Ocuilan, Pachuquilla, Palmar de Guadalupe, Palpan, Planta Alameda, Parque Nacional Lagunas de Zempoala, Platanar, Puente Caporal, Puentequito, San Andrés, San Isidro, San José Chalmita, San Juan Atzingo, San Nicolás, San Sebastián, Santa Lucía, Santa María Xoquiac, Santa Martha, San José del Toto, San Simón el Alto, Santo Desierto del Carmen, Tepehuajes, Tetecala, Tezoquipa, Tlecuilco.

ÍNDICE

Introducción

Clase Mamífero

Ardilla Gris

Armadillo

Cacomixtle

Coatí o tejón

Conejo

Coyote

Gato Montés

Hurón

Jabalí o pecarí

Liebre Torda

Mapache

Nutria

Ocelote

Onza

Puma

Tlacuache

Venado Cola Blanca

Zorrillo

Zorro

Humano

INTRODUCCIÓN

Cubierta de bosques, selvas y matorrales, la Sierra Madre Occidental serpentea hacia el sur cerca del Pacífico. Por donde desemboca el río Balsas, el monte silvestre da la vuelta, se mete hacia la zona centro del país, llega a Malinalco, a Ocuilan, y cubre las montañas, y barrancas que durante las lluvias llevan agua al río Chalma que desemboca en el Balsas. Abarca al gran Bosque de Agua donde se encuentran las lagunas de Zempoala y al Ajusco... Ese enorme espacio es hábitat de innumerables especies y lo fue de muchas más.

Esta es el área que tomamos para seleccionar a los veinte animales mamíferos silvestres que motivaron esta Guía.

Primero investigamos las características, costumbres, hábitats y situación de las especies elegidas y tomamos lo que nos pareció más significativo. Escribimos sobre cada una de ellas en primera persona, poniéndonos en su lugar. Dejamos que nos guiaran por lo que supusimos que dirían si hablaran. Tenemos la intención de provocarte empatía, es decir, que sientas cómo sería vivir en el cuerpo de cada una de las especies que seleccionamos.

Conforme la investigación avanzaba, nos dimos cuenta de que todos ellos están amenazados, y que esta amenaza tiene que ver directamente con la pérdida de su hábitat, que es no solo el lugar donde viven, se reproducen y se refugian sino donde encuentran suficiente alimento y agua limpia. Su hogar lo comparten con multitud de especies con las que están relacionados íntimamente, en un equilibrio en el que la desaparición de cualquiera de ellas conlleva la de otras. Por ejemplo, la extinción de conejos en un ecosistema trae hambre y muerte para quienes se alimentan principalmente de ellos, y en general habrá menos comida para otros carnívoros u omnívoros. Igualmente, las plantas de las que se alimentaban los conejos van a proliferar y no dejarán crecer a otras; los insectos que vivían de esas otras que ya no pueden crecer van a sufrir también, lo mismo que los animales que se alimentaban de esos insectos y las plantas que polinizaban. Y así sucesivamente, el ecosistema todo se desequilibra, se empobrece y nos empobrece a nosotros. Cualquier especie puede servir de ejemplo.

¿Cuántas plantas con propiedades medicinales se han extinguido sin haber sido nunca investigadas ni conocidas por nosotros?

También volvimos a confirmar que en todos los casos el peor enemigo de los ecosistemas y que puede hacer mucho por detener y revertir esta situación es *Homo sapiens*, es decir, nosotros. De esta preocupación nace el proyecto Niños por la Biodiversidad, con un interés especial por investigar, educarnos y educar a nuestros niños en el cuidado y la protección de los hábitats y las especies silvestres que habitan cerca de nosotros.

Esta Guía es la primera de una serie pensada para que la lean y consulten niños, jóvenes y adultos que viven en la misma bio región donde encontramos los animales que

describimos. Es también parte de un conjunto de material didáctico que queremos poner al alcance de ellos.

El primer capítulo se refiere a la clase mamífero; en los restantes, es la voz de cada una de veinte especies que seleccionamos, y que necesitan de nuestra protección. El último capítulo somos nosotros.

Selvas y bosques que forman la Sierra Madre Occidental, la cuenca del río Balsas y la microcuenca de Chalma que pasa por el bosque de agua y llega a las lagunas de Zempoala se encuentran sumamente rotos, atravesados por carreteras, plantaciones, áreas de cultivo, pastizales, ganado y asentamientos humanos. Llevamos muchos años reduciendo el hogar de las especies silvestres, que necesitamos conservar si queremos tener agua limpia y suficiente, oxígeno, salud, un clima estable y vida. Nos toca permitir la regeneración de espacios biodiversos y aprender a relacionarnos en ellos de forma sostenible.



Soy **mamífero**, la clase **Mammalia** del reino animal, la que tiene mamas y amamanta a sus crías. **Manenemini** es mi nombre en náhuatl. Soy cinco mil quinientas especies que conoces y otras que todavía nadie ha contado ni les ha puesto nombre. Me encuentro esparcida por todo el mundo como ninguna otra clase de animal: desde el polo norte hasta la Antártida. Existo antes que los cinco continentes, que los países, que tú y tus antepasados. Soy tan grande como la ballena azul que pesa 160 toneladas, y tan pequeño como ese murciélago y aquella musaraña que no pasan de tres gramos. En México tomé la forma de 523 especies conocidas, incluyendo la tuya.

Vengo de un grupo de animales llamados cinodontes. Ellos vivían en la tierra desde hace unos 250 millones de años, cuando sucedió la Gran Mortandad y desaparecieron siete de cada 10 especies terrestres y 19 de cada 20 acuáticas. Durante mucho tiempo el planeta fue un páramo, un desierto donde casi sólo había hongos, bacterias, una que otra planta, artrópodos, gusanos y algunos animales vertebrados. Entre ellos, los primitivos dinosaurios.

Casi cincuenta millones de años, cuando estos reptiles habían evolucionado, eran muchos, muy distintos y dominaban el planeta, aparecí yo, como la más primitiva de mis especies.

Entonces la tierra era muy diferente. Sólo había dos continentes y hacía poco que habían aparecido plantas con flores.

Era pequeñito. Pesaba más o menos un cuarto de kilo: lo que dos papas medianas, un helado doble o una barrita de mantequilla. Durante el día me quedaba escondido, durmiendo, inmóvil, entre las piedras, en las cuevas, debajo de la tierra, dentro de los troncos huecos de los árboles, donde quiera que pudiera sentirme protegido y a salvo de esos lagartos terribles.

Mis ojos se habituaron a ver en la oscuridad. Adquirí un gran oído y un magnífico sentido del olfato. Al ponerse el sol, salía a recorrer mi hogar y en busca de alimento. Comía insectos, arañas y gusanos. Para no tener tanto frío y poder moverme, desarrollé la capacidad de calentar mi cuerpo y hacer que permanezca templado siempre, y sobre mi piel creció pelo. Todavía no tenía una placenta capaz de retener a mis cachorros dentro de mi cuerpo mientras se formaban. Mis crías acababan su desarrollo en huevos redondos como pelotas, que yo ponía, o en bolsas acolchadas donde mamaban y vivían hasta terminar de formarse.

Mi historia está llena de especies extintas y otras que llegaron, se quedaron y siguen su evolución. Está llena de secretos enterrados con lo que queda de los antiguos seres a los que di lugar.

Hace 66 millones de años aparecí como mamífero placentario y propicié la aparición de muchísimas especies con esa característica. Desde entonces, dentro de mí llevo a mis crías, que nacen completas y capaces de mamar, y a las que cuido, acaricio, abrazo y protejo. No estoy atada a empollar huevos y conseguir comida para ellas: yo produzco su alimento.

Tan solo un millón de años después volvió a ocurrir una catástrofe que llevó a la extinción a cuatro de cada 10 especies: un meteorito se estrelló en la tierra. El polvo que levantó oscureció buena parte del planeta. Casi todos los dinosaurios se extinguieron. Sólo quedaron unos que con el tiempo dieron origen a las aves, y otros llamados cocodrilianos.

Sin la presión de los dinosaurios, con el tiempo, largo tiempo, crecí, me convertí en numerosas especies biodiversas, mi cerebro se hizo también más grande y yo más inteligente, capaz de sobrevivir y llegar a los lugares más inhóspitos de la tierra.

Soy el animal que tiene pelo: mucho o poco, delgado, grueso o tan grueso como las espinas del puercoespín. Me sale antes de nacer o cuando voy creciendo y a veces puedo perderlo casi todo pero siempre habré tenido algo, aunque sean bigotes. El pelo me ayuda a conservar mi temperatura. Si me tocas, sentirás mi piel tibia. En primavera o verano puedo cambiarlo por uno más ligerito y en otoño o invierno vuelvo a tirarlo mientras me sale un abrigo espeso que me protege del frío. Por eso puedo vivir tanto donde y cuando el sol no calienta como donde y cuando hace calor.

Mi pelo también me ayuda a evitar que el sol me queme y que mi piel se raspe. Me ayuda a saber por dónde puedo pasar y por dónde no quepo, porque siento a través de él. Sus colores me identifican, me hacen atractivo, temible, invisible entre la maleza o la hojarasca.

Tengo orejas y oídos insuperables. En mis formas de murciélago, ballena o delfín puedo saber dónde hay algún objeto, planta o animal cuando emito un sonido, porque escucho el eco que produce ese animal, planta u objeto. Puedo escuchar los pasos y las voces de animales que se encuentran a gran distancia de donde estoy.

Casi todas las especies de mi clase tienen un excelente olfato. Gracias a él descubro dónde hay comida oculta, quién pasó por mi camino antes que yo, por dónde va el macho o la hembra que quiere aparearse conmigo, e identificar a mis crías. Si soy una especie nocturna puedo ver en la noche aunque casi no haya luz y si soy buceador veo muy claro dentro del agua aunque afuera de ella sea miope.

Mi dentadura es especial para comer aquello que me alimenta. Casi siempre me sale dos veces en la vida: cuando estoy pequeño mis dientes se llaman de leche y se caen al crecer yo, y entonces brotan los definitivos. Están hechos de los mismos tejidos que mi piel, mis uñas y mi pelo, y me sirven también para defenderme, amenazar mostrándolos mientras gruño, atacar, destrozar, deshebrar y masticar. Si quieres saber si una calavera es de mamífero, mira su mandíbula, donde va la barba; si está hecha de un solo hueso con dientes entonces es mía.

Tengo el cerebro más desarrollado que existe y eso me hace listo, juguetón y creativo, y poseo un corazón con cuatro habitaciones.

Mi hábitat son casi todos los ambientes marinos y todos los terrestres: selvas, desiertos, bosques, pastizales, manglares. Duermo en cuevas, bajo la tierra, sobre los árboles, dentro de los huecos de viejos troncos, en los cuartos y escondites de las casas abandonadas y entre las piedras de los tecorrales. Soy muy adaptable. Algunas especies de mi clase nacen y viven en los árboles sin bajar nunca de allí, saltando

de rama en rama. La que se llama murciélago incluso vuela; muchos nadan y algunos prefieren el agua a la tierra. Me siento a gusto en cumbres tan altas como de 6,500 metros sobre el nivel del mar y en planicies tan bajas como las playas que limitan al océano.

Mamífero placentario, nací macho o hembra, protegido en una cueva, casa, tronco, agujero o espesa vegetación, de una mamá que me tuvo en su vientre y me amamantó durante los primeros meses de mi vida. Por eso tengo unos labios suaves y sensibles y el instinto de acercarme a sus pezones y chupar. Todo empezó cuando ella entró en celo y sintió un deseo fuerte y profundo de reproducirse. Llamó y atrajo a los machos. Lo más común en mi clase es que sólo unos cuantos, los más fuertes, activos e insistentes, sean los que logren aparearse y para lograrlo se miden, se enfrentan, se pelean entre ellos y también coquetean y cortejan a las hembras. Tres de cada cien especies de mi clase forman una pareja macho y hembra durante la temporada de reproducción y entre ambos cuidan a sus crías, que pueden ser entre una y doce en un solo parto. Las especies que viven en manada a veces se reparten el trabajo de criar a los cachorros. Casi todos, antes de cumplir un año ya se valen por sí mismos y son independientes.

La mayoría de las crías mueren jóvenes: sirven de alimento a otros animales. Muy pronto pasan a formar, así, parte de ellos. Si logran llegar a adultos, lo más frecuente es que su esperanza de vida no pase de veinte años; a veces muchos menos, aunque algunos individuos de ciertas especies llegan a cumplir setenta o muchos más años.

En mi clase existen desde las crías que nacen ciegas, sordas, pelonas, capaces a penas de arrastrarse para comer, hasta aquellas que casi saliendo de su mamá se ponen de pie y caminan.

Si me alimento de carne me llaman carnívoro. Si de pasto y otras hierbas, herbívoro, si como variado: granos, frutas, verduras, huevos, raíces, semillas, hongos y algo de carne, entonces soy omnívoro. Mucho de mi alimento suelen ser insectos, gusanos y arácnidos, como mis antepasados remotos.

Soy mamífero silvestre. Nado, trote, vuelo, corro, planeo, reptó, salto. Salgo a caminar en las tardes, en las noches o durante el día, según si mi especie es crepuscular, nocturna o diurna. Mi hogar comprende casi siempre varios kilómetros cuadrados que recorro en busca de alimento, solo o en grupos pequeños de hembras y jóvenes, de machos, o en manadas grandes. Mi estiércol, mi orín y otros olores fuertes que despiden son pistas que dejo para que otros mamíferos sepan que estuve allí y ese es mi hogar.

En mi deambular, el roce de mi pelo con las plantas silvestres que ya dieron semillas hace que éstas se me peguen. Soy su transporte, las llevo lejos, caen en cualquier parte y puede que nazcan. En mi intestino guardo las semillas de la fruta que como, salen entre mi excremento y los frutales nacen lejos del árbol que las produjo.

Soy mamífero, el más adaptable, el más sagaz, variado y extendido de todo el reino animal.

Desde que existo muchas especies se han extinguido: pierden su casa, se acabó su comida, hizo erupción un volcán o muchos, se inundó un claro donde había un pastizal, se incendió el espeso bosque que era su hogar, hubo una sequía que duró varios años; cayó un meteorito que levantó tanto polvo y ceniza que oscureció la tierra durante muchos meses; desapareció la única planta que comía una especie y murieron

todos de hambre; el planeta se enfrió y dio lugar a una pequeña glaciación que los mató de frío... Estas y otras situaciones han sucedido a lo largo de millones de años, y las especies que no lograron adaptarse a ellas desaparecieron para siempre del planeta.

Ahora tú, mamífero que se nombra a sí mismo *Homo sapiens*, hombre sabio, está siendo el causante directo de la desaparición de muchas especies. Eres la peor amenaza que hay; un depredador como ninguno cuando empobreces los ecosistemas, introduces plantas o animales exóticos que ocupan los lugares de las originarias del lugar; produces desechos tóxicos y los riegas por todos lados, quemas tantísimo carbón y petróleo que estás provocando que la temperatura de la tierra suba rápidamente y los ecosistemas pierdan su equilibrio. Muchas especies emigran en busca de lugares más frescos donde puedan vivir bien, donde haya agua limpia, donde puedan guarecerse, pero los cambios son tan rápidos que otros no alcanzan a adaptarse o no encuentran dónde vivir, comer, tener y criar a sus hijos y evolucionar.

La cuarta parte de las especies de mamíferos silvestres conocidas está en riesgo de extinción. Algunas, en grave peligro. Tú, *Homo sapiens*, tienes en tus manos mi salvación, que es la tuya, porque eres capaz de cuidar que mi hábitat, que es el tuyo, se regenere, de compartir el territorio conmigo, de mantener los ríos en su cauce y el agua limpia. Eres capaz de evitar cazarme por deporte, traficar conmigo, mantenerme preso y no dejar que evolucione. Tú eres gracias a mí y a la vida biodiversa. Yo, mamífero, soy con todas las especies que me representan. Ellas son con todas las otras clases de animales que existen y con los reinos vegetal y mineral. Soy mamífero y más que mamífero. Soy tú y más que tú. Dependientes unos de otros, formando una compleja red de vida biodiversa que nos hace fuertes.

Soy la **Ardilla Gris Mexicana**, *Sciurus aureogaster* Algunos me llaman techalote o, en náhuatl, **techalotl**. Existo desde hace unos 36 millones de años. Mi hábitat original son los bosques de pinos y las selvas lluviosas, pero he logrado adaptarme también a vivir en las ciudades.

Cuando nací sólo podía oler, escuchar y sentir a mis hermanos y a mi mamá, y acercarme a ella para alimentarme con su leche.

Siempre he vivido en los árboles, brincando de rama en rama. Sólo a veces bajo al suelo para tomar agua o comerme una fruta tirada.

Mi cuerpo es bastante más chico que el de un conejo, uno de mis primos hermanos, pero mi cola es más larga y muy bonita. Me gusta tenerla sobre el lomo cuando estoy tranquila. También me sirve para hacer equilibrio al caminar o brincar sobre tubos, ramas, bardas de casas y hasta cables de luz. Soy una gran

equilibrista. Tengo dos dientes fuertes y grandes y otros más pequeños, para rascar con ellos y romper la cáscara de una semilla o de una fruta seca y así poder masticarlas.

Seguramente me has visto algún día correteando, con mi gran cola arqueada, o de pie comiendo algo con mis manitas, mirando con mis ojotes negros y mi magnífica vista, alerta a cualquier señal inusual que me indique peligro. Quizás incluso me hayas oído chiflar, o pegar chillidos cuando me atacan.

Me alimento de bellotas, brotes de plantas, plátanos, aguacates, chirimoyas, zapotes, hongos, huevos, caracoles, polluelos que aún no dejan el nido y otros manjares.

Recolecto semillas metiéndolas en unas bolsas naturales que tengo dentro de mi boca en mis cachetes, y cuando ya no caben voy y las guardo en diferentes escondites. A veces las entierro y también algunas se caen al suelo, con la lluvia germinan y brotan arbolitos. Así ayudo al bosque a regenerarse.

Antes éramos muchas ardillas grises. Águilas, búhos, halcones, serpientes, gatos monteses, tejones y gente se alimentaban de nosotras, que nos convertíamos así en parte de ellos. Los bosques eran tupidos y en las huertas de todas las casas encontrábamos fruta en cantidades. Ahora es otra cosa. Cada vez hay más personas que talan y queman los árboles, desmontan, acaban con nuestro hábitat. Nos adaptamos a vivir en el pueblo, en la ciudad, pero allí muchos perros y gatos nos persiguen y nos matan por puro gusto, y hay gente que nos envenena porque no nos quiere con ellos. ¿Qué podemos hacer?

Soy el **armadillo**, *Dasypus novencinctus*, el de las nueve cintas en el cuerpo, **ayotochtli**, conejo que carga una calabaza, una armadura de placas de hueso, mi caparazón. Soy nativo de América. Mi hábitat son los bosques, las selvas, las huertas tradicionales y los pastizales altos y densos. Nací junto con tres hermanos idénticos a mí y de mi mismo sexo, sobre una cama de hierba y hojas, en una madriguera con túneles y varias entradas y salidas que mi mamá excavó con sus poderosas garras. Vivimos juntos varios meses. Ella nos amamantó, nos olió y acarició y nos enseñó a rascar, a encontrar insectos para comer, a cuidarnos y a hacer madrigueras.

Cuando me quieras conocer búscame en la noche en una huerta, en el monte o en la barranca, porque durante el día duermo escondido en mi madriguera. Soy del tamaño de un gato. Veo bastante mal, pero reconozco mi camino y mi comida gracias a mi súper olfato y a mi súper sentido del tacto. Soy solitario y tranquilo, aunque si algo me asusta pego saltos tan altos como de un metro, y corro rápido armando mucho escándalo. Para atravesar un riachuelo, lleno mis intestinos de aire y así floto en el agua; o me hundo y camino por el fondo del río, aguantando la respiración durante casi seis minutos sin problema.

También puedo hacerme bolita como las cochinillas, y entonces parezco una pelota. Mi color es más bien gris tirando a negro, como la tierra del bosque, y a veces amarillo claro como las hojas secas.

Nunca me vas a encontrar en donde los inviernos son helados y los días muy cortos.

Hace seis millones de años que hay armadillos en el planeta tierra. Soy mucho más antiguo que tú. Los osos hormigueros son mis primos. Como ellos, mi hocico es largo para husmear debajo del suelo y mis pezuñas fuertes para excavar pues también yo me alimento de hormigas y nixticuiles. Así ayudo a evitar que las coatalatas dejen pelones tantos árboles y plantas, y que las gallinas ciegas se coman las raíces. Algunos campesinos me matan porque hago agujeros y túneles en la tierra donde cultivan. También puedo morir envenenado por los agroquímicos para controlar las plagas del suelo. Piénsalo bien: si me dejas vivo yo mantengo a raya a tus plagas y tú no gastas en comprar venenos que son peligrosos también para ti.

Todavía hace 15 años éramos muchos; ahora cada vez somos menos. Mi peor enemigo son las personas que destruyen mi hábitat: talan los árboles, acaban con los bosques y selvas, me matan sin importar si estoy embarazada o tengo bebés; a veces incluso me obligan a salir de mi madriguera para atraparme y acabar conmigo.

Yo sé que mi carne puede ser un platillo delicioso para ti. Por eso, también, ayúdame a seguir existiendo en esta región: necesito una guarida donde estar protegidos y criar a mis hijos, un hábitat donde abunden los insectos, las arañas, las lombrices, la tierra fértil, las plantas, la fruta, los árboles... la vida silvestre. Como todos dependemos de todos, cuando falta cualquier especie de planta o animal, otros podemos extinguirnos.

Soy el parecido-al-gato, el pequeño puma, el astuto, con fama de robar pollos por las noches y dormir todo el día. *Bassaricus astutus* en términos científicos, me dicen **cacomixtle** que viene del náhuatl **tlacamistli**: tlaco que significa medio o parecido, y mistli, gato.

Vivo en el monte pero también cerca de las milpas y la gente. Mi guarida está entre las piedras grandes, en cuevas o troncos huecos, en lugares donde existen abundantes salidas y agua para tomar. Me encuentras entre los matorrales y en las barrancas, en las orillas de las ciudades y los pueblos.

Tal vez alguna noche me veas pasear por las calles de tu comunidad. Soy del tamaño de un gato grande pero más alargado y los pelos de mi lomo tienen la punta negra. Mis ojos son enormes. Alrededor de cada uno hay un círculo claro y, sobre mis labios, cachetes y cejas tengo manchas blancas. Mi cola es más larga

que mi cuerpo y está pintada con siete anillos blancos y siete negros que se encuentran abiertos por la parte de abajo. Sé trepar mucho mejor y más rápido que cualquier montañista, mucho mejor que una cabra. ¿Sabes por qué? Porque puedo girar mis tobillos hasta que mi pies queden completamente para atrás y aún más. Así que cuando trepo los voy acomodando como mejor me convenga para detenerme y empujarme con ellos hacia arriba. Y mi gran cola me ayuda a andar por caminos muy angostos sin caermé, y a darme una voltereta si quiero regresar por donde iba.

Parece que presumo pero en realidad soy un animal tímido y solitario, y no es fácil que me encuentres. Me alimento de frutas, semillas, insectos, lagartijas, ratoncitos, huevos, hongos, pollos, plantas y pájaros. A veces hago sonidos como chirridos, cliqueos y a media noche parece que ladro como perro triste, como si gritara ¡guayú!

Cada verano me nacen entre una y cuatro crías, ciegas. Su papá y yo las cuidamos y las apapachamos mucho. A la edad de un mes los cachorros abren los ojos y ya comen lo que les llevamos a la madriguera. A los dos meses empiezan a salir de cacería y, cuatro semanas después, saben buscar solos su comida y se van a hacer su vida.

Algunos les sirven de alimento a búhos, zorros, aguilillas, coyotes y demás carnívoros que los encuentran, los alcanzan y se los meriendan. Otros, vivimos hasta siete años y logramos tener más de 25 hijos. Así es desde hace miles de años.

Ahora estamos perdiendo nuestro hábitat, que cada vez más gente incendia, pavimenta y ocupa. Desaparece nuestro alimento porque animales y plantas van siendo menos. Desaparece nuestra casa y tenemos que buscar otro lugar dónde vivir. Hambriento, me atrevo a comerme una gallina del corral y a llevarme otras. Y entonces me persigues y me matas.

Sin mí, las aves de presa y otros animales carnívoros tienen menos qué comer, se ponen flacas, se enferman, si tienen polluelos no podrán alimentarlos bien, y se irán extinguiendo.

Las barrancas, donde vivo todavía, son naturalmente lugares frescos y vivos en los que habitan muchos árboles, plantas y animalitos diversos. Déjalas en paz. Todos somos importantes, y juntos valemos mucho.

Si me ves en tu casa y no te gusta tenerme cerca, ahuyéntame pero no me lastimes ni me quieras matar. Si no te gusta que visite el gallinero, encierra bien a tus aves en la noche.

Soy el falso tejón, el **coatí** de nariz larga y blanca, ***Nasua narica***, **pesoxtli**. Me puedes encontrar desde el sur de Estados Unidos hasta Ecuador, pasando por México. Los mapaches, hurones y tejones son mis primos hermanos.

Soy esbelto y largo: alargados son mi hocico, mi cuerpo y mi larguísima cola donde el pelo dibuja anillos claros y oscuros, y que

mantengo levantada mientras camino. Peso menos de cuatro kilos: los perros pequeños son de mi tamaño. Mi cabeza es plana para que pueda entrar por rendijas y pasadizos en busca de ratones, conejos y alimañas, y mis orejas se ven pequeñas y redondas. Tengo la cara negra, con un antifaz blanco alrededor de los ojos que llega a la nariz y debajo de mis orejas.

Cada una de mis patas tiene cinco dedos. Mi lomo es café oscuro en la parte de arriba y claro a los lados; mi panza se encuentra pintada de blanco. Tengo los pies negros y las uñas corvas.

Mi hábitat son terrenos planos en los que crece zacatón y otros pastos altos, con árboles y agua corriente. Vivo también en las montañas donde hay selva seca, en los terrenos con matorrales, las huertas, cañadas y cerca de pueblos y comunidades. Cuando quieras conocerme, búscame en el monte cerca de donde vives, en las barrancas arboladas, en las huertas.

Nací en febrero o marzo, en una camada de entre dos y siete crías, en un nido en la hendedura de un tronco o dentro de las grietas de unas rocas. Mi mamá vivía desde entonces en grupo, con otras hembras y sus cachorros. Cuando se pusieron en celo llamaron a los machos, y una vez que el celo acabó, ella y las demás hembras los corrieron de la manada. Ya que iba yo a nacer, entró sola a su guarida y allí, tranquilamente, me parió. Tuvo dos crías, ciegas y cubiertas de pelusa. Podíamos haber sido hasta siete. Cuatro semanas después mis ojos ya se habían abierto, y era capaz de salir de la madriguera y bajar del árbol o de las rocas donde nací. Mamá nos amamantó durante 4 meses. A veces salía a cazar, en grupo con otras hembras, y todas las crías nos quedábamos a cargo de dos nanas que nos cuidaban y daban de mamar. Pasábamos el tiempo jugando y curioseando.

Seguí viviendo en manada hasta los dos años. Dormíamos arriba de los árboles. Salíamos en fila a buscar comida. Nos encantaba el maíz de las milpas, los pollos y gallinas, las raíces y frutas y muchos gusanos, insectos y arañas. Retozábamos y nos correteábamos y, cuando alguien percibía algún peligro, ladraba o hacía clic clic clic, y entonces nos subíamos a los árboles y nos escondíamos allí, mirando a ver qué pasaba. O corríamos en hilerita, con la cola para arriba para distinguirnos entre la hierba alta, como soldaditos, uno detrás de otro.

Algunos cachorros fueron presas de águilas, coyotes, jaguares y otros carnívoros.

Un día ya era un adulto grande y fuerte y las hembras me corrieron de su grupo.

Me volví un animal solitario. Sigo durmiendo sobre algún árbol. Camino todo el día, desde la madrugada. Con mis garras poderosas y mi hocico largo y puntiagudo, olfateo, detecto dónde hay comida, escarbo la tierra y quito piedras y ramas caídas para encontrar hongos, lombrices, hormigas, termitas, larvas, alacranes, ranas, lagartijas, ratones, caracoles y otros animalillos de los que me alimento. Voy a los maizales y desayuno maíz tierno. Soy un gran comelón. Subo a los árboles, me desplazo por ellos de rama en rama y no me canso de comer fruta dulce y madura. Reposo sobre una rama, o bajo a tierra y descanso a la sombra del follaje. Si encuentro algún cuerpo de agua a veces nado y pesco algo. Recorro enormes distancias, esas tierras son mi hogar. Cuando escucho los gruñidos y silbidos de las hembras en celo, me

acerco a su refugio y me quedo con ellas hasta que me obligan a retirarme. Si se interpone otro macho en mi camino, me peleo con él y podemos acabar bastante malheridos.

No tengo especial miedo a la gente, a pesar de que algunos me cazan para comer mi carne, que por cierto no les sabe muy buena, o me persiguen, entran y envenenan porque no les gusta compartir conmigo maíz, fruta y gallinas. Si tu perro me ataca, me defiende mejor que él y puedo matarlo hincándole mis poderosos colmillos. Si me asustas de día, me atrevo a regresar en la noche a tu casa en busca de alimento o refugio. Cuando me veas no te acerques demasiado a mí, ni trates de tocarme o acariciarme. Recuerda que soy un animal salvaje.

Lo que más deseo es vivir en un hábitat silvestre extenso y biodiverso donde haya agua limpia.

Soy **tochtli**, el **conejo de monte**, *Sylvilagus cunicularis*, el más grande de todos los conejos mexicanos. Me encuentras desde Sonora hasta Oaxaca en donde haya pastizales o milpas grandes, entre arbustos, en bosques ralos de pino y encino y en la selva. Ése es mi hábitat. Mido más o menos medio metro de largo. Mis dientes son grandes y siempre están creciendo, por lo que no me preocupa desgastarlos al masticar hojas fibrosas, tallos y paja. Mi vista es mala pero no la necesito mejor. Mis orejas son tan largas como mi cabeza. Moviéndolas capto numerosos sonidos a mi alrededor, que escucho perfectamente bien porque además tengo un oído finísimo.

Mis poderosas patas traseras me permiten dar grandes saltos, correr velozmente y desaparecer debajo de la tierra donde se esconde mi madriguera: túneles y galerías que construyo cavando en el suelo suave y profundo.

Cuando estoy al aire libre y percibo que alguien me acecha, me levanto sobre mis patas traseras, alzo las orejotas, las muevo hacia todos lados y me preparo para huir, corriendo en círculos hasta llegar a mi casa. También puedo quedarme paralizado del susto y, como mi pelo tiene los tonos de color de la hierba seca y de los troncos de algunos árboles, me mimetizo con ellos. Si me atrapan, chillo fuerte para avisar a otros conejos que estoy en peligro y para asustar a mi perseguidor. Dentro de mi madriguera también me comunico dando golpes rítmicos con una de mis patas, en el suelo.

Allí vivo, me reproduzco y crío a mis gazapos. Cada año me nacen entre 20 y 30 conejitos, en camadas de cuatro a seis hermanitos, desnudos, pequeñitos, ciegos y sin poder caminar. Yo los huelo, los acerco a mí, les doy de mamar, los arropo y, cuando salgo a comer, tapo con hojas y ramitas la madriguera, para esconderla y que nadie pueda hacerles daño. A los 30 días de nacidos, peluditos y con todos sus dientes, ya pueden salir de la guarida.

Muchos de ellos no llegan a adultos porque son devorados por águilas, búhos, tejones, serpientes, cacomixtles, hurones, halcones, gatos monteses, coyotes y demás animales carnívoros, que gracias a que les servimos de alimento pueden vivir, reproducirse y hacer su trabajo.

Me extinguí en algunos lugares porque mi hábitat fue destruido por los incendios, o talado; porque ya no hay la variedad de hierbas que necesito para comer, porque cada vez hay menos refugios para esconderme y porque la gente me persigue y me caza sin parar con armas letales en cualquier cantidad y época del año.

Puedo compartir contigo las tierras de cultivo y los pastizales. Si me dejas alimentarme de ellos y vivir allí, podrás asar un conejo de vez en cuando, en el caso de que logres darme alcance. Nos conviene que siga existiendo.

Soy ***Canis latrans***, el **coyote**, primo de los perros, los lobos y los zorros. De origen americano, los nahuas me dicen **coyotl**. Puedo vivir en cualquier lado: me adapto al desierto, al chaparral, al bosque, la selva y la ciudad. Mi alimento es muy variado; en especial, ratones, lagartijas, huevos, insectos, ardillas, serpientes y carroña. También me gustan la fruta, las flores, los elotes y las verduras.

Los perros medianos son de mi tamaño. Con mis patas largas y finas corro hasta a 60 kilómetros por hora.

Soy orejón y hocicón, mis ojos son amarillos y mi cola es peluda, larga que casi la arrastro y negra en la punta. Mi pelo es grueso y multicolor: gris, amarillento, negro, blanco, café, crema, rojizo. Soy flaco aunque coma bien. Mi promedio de vida es de seis años pero puedo durar algunos más si no soy presa de un puma, un tigre o un humano.

Nací en una camada de entre tres y nueve hermanitos, en una madriguera abandonada que mis papás agrandaron y le pusieron una salida de emergencia. Salí a jugar al aire libre por primera vez cuando tenía tres semanas de vida. Después de dos meses, comencé a acompañar a mis papás a cazar, por las noches, que es cuando estamos despiertos y activos y nos da hambre.

Sé ladrar, gruñir, gemir y chillar pero lo que más hago es aullar. Mis aullidos son inolvidables.

Cuando ando solo, cazo animales pequeños. En grupo o en pareja buscamos presas más grandes.

He sido envenenado y balaceado y mi hábitat ha sido destruido muchísimas veces. Mi alimento y mi casa desaparecen. Entonces emigro a otros lugares, donde pueda mantenerme. Cerca de las ciudades, por ejemplo.

Me da miedo acercarme a los humanos. Si devoro sus gallinas, ovejas y reses, es para no morir de hambre. Las manadas de perros callejeros que andan en el campo le temen menos a la gente, y luego son los que atacan al ganado. Alguien me ha visto comiendo los restos de un becerrito que se cayó de una ladera empinada y cree que lo maté. Averigüen antes de echarme la culpa.

Si hay conejos, liebres, ratas, lagartijas, serpientes, ardillas, venados, iguanas u otros animalitos, árboles con flores y frutas, tantita agua y lugares donde guarecerme soy feliz. Quiero compartir contigo la vida en este planeta, buscar mi alimento, juntarme en pareja, criar a mis hijos y aullar por las noches. Eso es todo.

Soy el **gato montés**, el que vive en el monte, el pequeño primo de miztli el puma. Soy **miztontli**. Soy el lince ***Lynx rufus***. Habito desde el sur de Canadá hasta el sur de México. Hace más de dos millones y medio de años mis antepasados cruzaron el estrecho de Behring y así llegaron a América, de donde soy nativo.

Quizás me encuentras parecido a tu gato pero mido el doble de su tamaño. Soy el tercer felino más grande de México. Mis patas son largas, y las delanteras tienen rayas negras igual que mi cola, gruesa y corta. Tengo el hocico y la barba blancos.

Mi lomo va del gris al café rojizo, mi cuerpo tiene manchas redondas y mi panza está pintada de café claro. Sobre mis negras, inclinadas y puntiagudas orejas hay pelos parados como cepillos que me ayudan a escuchar mejor. Mis colores, rayas y manchas son un camuflaje con el que me pierdo entre la maleza. Si te fijas muy bien, me puedes encontrar en la selva seca, en los manglares, en los bosques, siempre y cuando no sean muy densos, entre los pastizales altos, donde hay matorrales y huizaches. Quizás una tarde me veas sentado a la orilla de algún camino por donde habito, a la escucha de algún animal que pueda atrapar. No me vas a encontrar en los grandes terrenos de cultivo, ni en las praderas donde suelen pastar las vacas.

Nací en una camada de cuatro cachorros, aunque podíamos haber sido más, hasta seis, o menos, desde uno, en una madriguera escondida entre piedras, hierba, pasto, árboles y raíces, en medio de una montaña, junto a un acantilado. Abrí los ojos a los nueve días de nacido, y salí de mi casa por primera vez a las cuatro semanas de edad. Tres meses después ya acompañaba a mamá a cazar y así aprendí. Poco antes del año, le dije adiós y me hice independiente. Me volví adulta, y si bien me va, puedo vivir hasta los 15 años más o menos. Algunos de mis hermanitos, sin embargo, fueron alimento de águilas, zorros y otros carnívoros.

Puedo vivir durante muchas noches sin comer nada, luego atracarme de carne y, cuando estoy satisfecha, esconder lo que sobró para volver por él otro día.

Mi alimento principal son conejos, liebres, ardillas, ratones, aves, ranas, lagartijas y muchas clases de insectos, arañas y alacranes, que para mí son fáciles presas y lo único que tengo que hacer es agacharme, y a veces ni eso, esperar a que pasen cerca de donde estoy y entonces salto y los atrapo. Un poco como hace tu gato para cazar.

Tengo olfato, oído y vista excelentes. Si percibo a un animal grandecito, un conejo por ejemplo, o tu perrito, me acerco sigiloso, lo acecho, decido a dónde lo voy a llevar para que no tenga escapatoria y lo persigo hasta emboscarlo o salto encima de él.

Animales como yo, y como las aves de presa, a los que nos gustan tanto los conejos y las liebres, evitamos que haya tantas que hagan daño a las milpas y otras siembras.

No ataco vacas, ni caballos. Tampoco personas, a menos que esté realmente muy hambriento y sin otra cosa que comer, que me molestes mucho o me quieras atrapar.

Soy muy buena escaladora y también nado bien, aunque no me gusta. Despierto poco antes de que se ponga el sol y recorro hasta 11 kilómetros, marcando mi territorio, atenta con todos mis sentidos, para saber si hay novedades y cazar. Descanso después de media noche pero en cuanto empieza a amanecer vuelvo a las andadas, y menos de tres horas después de que salió el sol me voy a dormir.

Si tengo cachorros pequeños no me aventuro tan lejos; a lo sumo, unos tres kilómetros a la redonda. Para reproducirme yo, que suelo ser tan silenciosa, lanzo unos gritos y silbidos que atraen a los machos, y andamos juntos unos días.

Últimamente he sido el felino más perseguido por los humanos. Creen que soy una amenaza para su ganado aunque realmente es muy raro que llegue a matar alguno. Me cazan también para quitarme la piel o para enjaularme y tenerme de adorno en sus jardines y patios. Algunas gentes creen que tengo propiedades medicinales: falso.

Los incendios, el desmonte, la cacería despiadada y el robo de nuestros cachorros nos obligan a emigrar. Pero cada vez hay menos lugares donde podemos vivir y criar a nuestros hijos.

Como todos los carnívoros grandes y medianos, necesito un gran territorio para asegurar mi subsistencia y ayudar a controlar la población de animales que, si no nos los comemos, se convierten en una plaga.

Soy el **hurón** silvestre, la **comadreja**, ***Mustela frenata***, **Itskuintochtli**: el perro-conejo. Habito desde Canadá hasta Colombia y el norte del Amazonas. Soy uno de los carnívoros más chicos de México, del tamaño de un gatito pero estirado.

Mi cuerpo es esbelto, largo y pequeño; mi cabeza es algo aplanada, negra y con un listón blanco que cruza sobre mis cejas; mis orejas son cortas y redondas, mis ojos negros, brillantes y chicos, casi no tengo cuello, mi lomo es café oscuro, mi panza casi blanca y mi cola, negra en la punta, sedosa y espesa, es como de la mitad de mi tamaño.

Mi hábitat son lugares abiertos cerca de cuerpos de agua, con malezas y arbolillos; me gusta vivir en praderas, barrancas que terminan en cauces de ríos y pantanos, donde practico mis dotes de buena nadadora que puede atravesar ríos incluso con fuertes corrientes.

Como tú, prefiero el clima templado. Me adapto bien a los cambios que hacen los humanos en los espacios naturales siempre y cuando haya agua por ahí; los campos de cultivo y los suburbios también son mi hábitat. Toleró a la gente, aunque no me quieras cerca.

Nací en una madriguera abandonada, tal vez un agujero entre las rocas de un viejo tecorral cubierto de maleza, un tronco hueco, o en los espacios entre las raíces de árboles como los amates. Mi madre usaba varias guaridas. Llegué al mundo pesando unos tres gramos, así de chiquita, con los ojos cerrados y unos cuantos mechones largos y blancos en mi piel desnuda. Fui parte de una camada de seis hermanitos, aunque podíamos haber sido cuatro por lo menos y nueve a lo más. Mamá y papá, que cada año tienen nuevas camadas, nos cuidaron y alimentaron. A los dos meses ya podíamos capturar lagartijas y otras presas pequeñas, y muy poco tiempo después me valía por mí misma y tomé mi camino.

Soy un animal solitario pero me comunico con otros hurones con sonidos para advertirles que algo raro está pasando por donde ando, mirándolos si los tengo cerca y, si quiero alejarlos de mi territorio, haciendo algunos movimientos con mi cuerpo como si fuera a atacarlos.

Cuando busco pareja para reproducirme, emito un perfume atractivo para los machos.

A lo largo de mi vida daré a luz unos 40 cachorros. Muchas de mis crías morirán antes del año, presas de grandes búhos, serpientes gigantes, coyotes, zorros, águilas y otros carnívoros de gran tamaño. Como llegué a adulta, puedo vivir hasta seis años.

Puesto que soy muy inquieta, necesito comer en un día casi el 40% de mi peso: ratas, ratones, ardillas, conejos, tuzas, son mi principal alimento, que atrapo a cualquier hora gracias a mis súper sentidos del olfato y el oído, y como soy excelente cavadora y mi cabeza aplastada y mi cuerpo esbelto me hacen caber en espacios muy pequeños, me divierte perseguir a tuzas y conejos a través de los túneles que hacen.

Primero huelo o escucho a algún animal. Lo ubico. Lo sigo y cuando lo tengo cerca lo ataco rápidamente, mordiéndolo en el cuello, triturándole el cráneo, e hincándole los colmillos varias veces seguidas. En tierra, despisto a los conejos brincando y cambiando de lugar velozmente, y al atraparlos les doy tal tarascada que enseguida estiran la pata.

Como soy muy fuerte, bien viva y tengo unos colmillos afilados, puedo cazar animales mayores que yo, incluso liebres del doble de mi tamaño, venaditos y hasta serpientes de cascabel, cuya mordida no me envenena.

Para completar mi dieta subo a los árboles rápidamente y allí cazo aves y como huevos y frutas. También soy gran devoradora de animales que no quieres en tus campos de cultivo: insectos como el nixticuil, que es un dolor de cabeza porque se come las raíces de las plantas; los grillos, que devoran las hojas de las verduras; las tuzas, que desaparecen las matas jalándolas desde la raíz a su madriguera en el subsuelo, y las ratas de campo, que roen elotes y otros vegetales antes de que los coseches. Todos ellos son mi alimento.

Por eso, puedo serte de gran ayuda.

Sé que a veces no me quieres porque cuando entro a un gallinero hago matazón y no dejo ni un ave viva.

Para evitarlo, encierra a tus gallinas en la noche, que es cuando ataco, y no dejes ni un huequito por donde me pueda yo colar. No envenenes o acabes con los animales silvestres de los que me alimento: ratas de todos tamaños, ardillas, serpientes y otros. Yo los controlo. Si los envenenas podría desaparecer con ellos.

Me nombran jabalí, **pecarí de collar blanco**; *Tayassu tajacu* me dicen los científicos; **coyameatl** me llamo en náhuatl. Mis antepasados llegaron a este continente mucho antes que tú: hace tres millones de años. Habito desde los bosques de México, hasta el norte de Argentina.

Soy del tamaño de un perro grande. Pariente de los cochinos, mi cara se parece ligeramente a la de ellos pero mi cabeza es larga, ovalada y grande y mi naturaleza libre, salvaje, indomesticable. Soy robusto y fuerte pero no gordo. Mis patas flacas y cortas me sirven para correr muy rápido. Mis ojos, pequeños en relación a mi tamaño, no ven bien. En cambio, tengo un gran oído que

me alerta de posibles peligros y un súper olfato para encontrar mi comida, aunque esté enterrada. Mi pelo, escaso pero grueso, es del color de la mezcla de sal y pimienta.

Tengo una mancha blanca como collar en mi gordo cuello, y 38 dientes; entre ellos, unos colmillos afilados con los que trituro semillas, arranco raíces enterradas y me defiendo de quien quiera lastimarme.

Mi hábitat son bosques y selvas y también cañadas, desiertos y pastizales, por donde haya cuevas para refugiarme. Para que ni se te ocurra perseguirnos, andamos en manada, hacemos unos ruidos chirriantes frotando nuestros colmillos, y por donde pasamos dejamos un olor fuerte y rancio que sale de nuestro lomo y de debajo de nuestros ojos. Huelo feo, dirás, y no querrás acercarte a mí.

Nací en una cueva, en verano, en una camada de máximo tres hermanitos. Mi mamá se quedó sola con nosotros un día entero, y luego caminamos con ella y nos presentó a su manada.

Me alimento de raíces que encuentro rascando el suelo con mis pezuñas. También como fruta, bellotas, plantas, pastos, serpientes, huevos, animalitos y carroña. En el desierto devoro cactus, que tienen mucho jugo y me refrescan. Mi estómago puede digerir semillas y ramas frescas que casi ningún animal es capaz de comer, aunque lo que más me gusta son las hierbas.

Me encanta bañarme en el lodo. Soy muy sociable, ando en grupo de ocho jabalíes, pero podríamos ser tres, más de nueve de repente y hasta 20 rara vez. Nos olemos y frotamos unos con otros y así nos reconocemos como rebaño. Para sobrevivir a las heladas, que nos hacen mucho daño, nos metemos en una cueva y nos damos calor apretándonos, cuerpo con cuerpo.

Salimos de nuestras guaridas temprano en la mañana, a caminar y buscar que comer. Hacemos mucho ruido: ladramos, gruñimos, ronroneamos, tosemos. Mucha gente nos cree un peligro pero en general somos miedosos y cuando escuchamos que alguien se acerca huimos en manada, en una larga carrera, en la que podemos llevarnos a cualquiera entre las patas. Si me acorralas te amenazo abriendo mucho el hocico, saco mis grandes colmillos y me lanzo a la carga con todo mi robusto y pesado cuerpo. Hasta los coyotes se espantan entonces.

Algunos de nosotros y nuestras crías somos presas de los grandes carnívoros como pumas y tigres, que nos devoran y evitan que seamos tantos que acabemos con el ecosistema y luego nos extingamos por falta de alimento.

Lo más temible para mí es encontrarme con un humano, por lo que rara vez nos verás cerca de donde vives. Cuando percibimos que hay gente cerca de donde estamos, nos alejamos de ellos corriendo en estampida. Algunos humanos incendian los bosques donde vivimos, tiran los árboles y nos dejan desprotegidos. Ellos me persiguen porque les gusta el sabor de mi carne y lo fuerte y bonito de mis colmillos y mi piel. Me van a buscar a mis cuevas, me avientan a sus perros y muero dolorosamente despedazado por ellos, o me tiran con sus rifles, sin importarles que esté embarazada o criando a mis jabalines. A ellos los amarran y se los llevan, para asesinarlos o encerrarlos en sus establos.

En el siglo XX, todavía éramos muchos. Ahora, cada vez tengo más dificultades para encontrar dónde vivir, comer, reproducirme y seguir existiendo. Dame chance ¿sí?

Me llaman en náhuatl **citli**, la abuela, *Lepus callotis*, **la liebre torda** porque mi pelo tiene una mezcla de colores oscuros y blancos. Vivo entre hierbas, pastos y maleza que se encuentran en llanuras altas y planas, donde se han perdido los árboles y los arbustos. Soy casi endémico de México; tengo hermanos desde el suroeste de Estados Unidos hasta Oaxaca.

Nací entre abril y agosto, en una camada de dos hermanitos. Podíamos haber sido tres o cuatro.

Llegué al mundo en un colchón de pelo de mi mamá, en una oquedad que excavó ella entre el pastizal. Tenía mi piel suave y pachoncito y podía correr. A los pocos meses ya era adulto.

Mi mamá y mi papá viven y andan en pareja. Ella es más larga que él y cada año pare 10 o más crías.

A los lados mi pelo es blanco; mi lomo es café, mi cola negra por arriba y clarita de abajo. Mis patas traseras son largas; con ellas corro rápidamente en zig-zag cuando alguien me persigue. Con mis largas orejas escucho muy bien los sonidos y de dónde provienen. Mis ojos me dejan ver todo lo que me rodea, incluso atrás de mí y aunque sea de noche, que es cuando salgo a pasear y a comer: soy un animal nocturno que duerme todo el día en cavidades de zacate camufladas con hierbas. Me gusta la luz de la luna. Si estoy quieto, mi color me permite confundirme con el pasto y la hierba secos. Si, noto tu presencia corro a esconderme antes de que me descubras. Doy altos saltos hasta de tres metros de largo y puedo voltear a ver si me persigues mientras voy corriendo a 64 kilómetros por hora. En el momento en que me alcanzas lanzo un grito agudo y fuerte.

Así y todo, no siempre tengo la suerte de seguir vivo. Alimento a serpientes, gatos monteses, coyotes, aves de presa, pumas, ocelotes, niños y familias que sin gastar dinero pueden hacer un rico y saludable guisado de liebre. Por eso: evita destruir mi hábitat en las llanuras pobladas de altos pastos y hierbas de distintas especies que necesito para comer, refugiarme y reproducirme. Evita usar herbicidas o quemar los pastizales. Nunca me caces entre abril y agosto, cuando nacen y crío a mis lebratos, ni uses una manada de perros para matarme: es aterradora.

En el lugar donde vives es muy difícil que me puedas encontrar porque casi estoy extinta. Si sigues mis consejos, volverás a verme en las noches de luna, entre las hierbas, en los pastizales y las milpas y conmigo regresarán las águilas, los tecolotes, el gato montés, la zorra gris y muchos otros animales que se alimentan de mí haciendo que me convierta en parte de ellos.

Procyonlotor es mi nombre científico pero me dicen **mapache**, que viene del náhuatl **mapachtli**, la que con sus manos lava en el agua su comida, la que está antes del perro, que por cierto no es mi pariente porque yo soy prima de los osos. Mis antepasados, que no eran como yo, llegaron a América hace más de cinco millones de años. Desciendo de los *procyon*, que se instalaron en los bosques tropicales muchísimo antes de que existiera la humanidad. Soy nativo de aquí. A Europa llegué apenas en el siglo pasado, con unos alemanes que me llevaron allá y me les escapé, y ahora también vivo en Asia y África.

Se me conoce porque alrededor de cada uno de mis ojos tengo una mancha redonda y oscura que parece un antifaz, y porque el pelo de mi cola forma anillos de colores claros y oscuros muy bonitos.

Tengo 40 dientes para comer de todo, un sentido del tacto y unas manos muy hábiles, parecidas a las tuyas, con su dedo gordo más suelto que los demás para agarrar mi alimento, quitarle la cáscara o lo que no me gusta, remojarlo en el agua y comerlo, y también para trepar a los árboles, acantilados y bardas. Mi cabeza es corta, mi cuerpo regordete y mis patas pequeñas que pisan con todo el pie: igual que toda mi familia, soy plantígrada. Mis huellas pueden confundirse con las de un niño tan pequeño como un chaneque. Tengo ojos grandes y negros, y un hocico puntiagudo. Soy del tamaño de un perrito, y tan listo como él y los gatos; además, puedo ver en la oscuridad y escuchar lo que tú no alcanzas a oír. Por eso siempre estoy alerta adivinando qué esconden los sonidos y ruidos que oigo. Y mi olfato es finísimo.

Cuando a mi mamá le urgió reproducirse, algo que sucede todos los años, se fue a dar una vuelta lejos de casa. Allí encontró a varios machos, luego de aparearse regresó al hogar y un par de meses después nací en el hueco de un árbol, en una cueva pequeña o dentro de una casa abandonada, siempre cerca de un lago o un riachuelo, en una camada de siete hermanitos pero podíamos haber sido menos... podría haber sido hija única.

Mi mamá nos crió. Empecé a abrir los ojos hasta las tres semanas de llegar al mundo. Crecí muy rápido. A los cinco meses ya salía en la noche a forrajear y a los dos años era una adulta independiente, aunque me quedé cerca de donde nací y me crié. Mis hermanos machos emigraron lejos.

Puedo vivir hasta 16 años si no me caza un coyote, una enorme águila, un búho o un humano, si no me atropellan o envenenan y si encuentro con qué alimentarme bien. De eso mueren la mayoría de mis hermanos antes de los 24 meses de nacidos.

Me gusta ir a husmear en donde vives, entrar a tu casa, revolver en las bolsas llenas de cosas y comer croquetas. Donde hay basura busco restos de tortillas, frijoles, pan, cáscaras. Puedo comer fruta, huevos, aves, flores y hojitas tiernas. Donde hay agua como cangrejos, caracoles, mariscos y peces. Me encanta visitar las milpas y devorar mazorcas, calabazas, tomates, ejotes, gallinas ciegas, conejitos, ratones y chapulines. No soy remilgosa ni te tengo miedo. Me encanta observarte y convivo en paz contigo si me dejas tranquila, pero si tú o tu perro me acosan soy muy agresiva y peligrosa.

El mejor lugar para que viva son los bosques viejos en los que abundan los árboles enormes de gordos troncos y la selva que se pone verde con la lluvia y café en tiempo de secas; me gustan las barrancas arboladas y húmedas por donde corren los ríos, y los manglares llenos de escondites y alimentos.

Nunca me vas a encontrar en el desierto ni hasta arriba de una montaña: allí no está mi hábitat.

Algunos machos son solitarios, yo vivo en grupo con otras mapaches. Descanso de día en alguna madriguera, y en la noche salgo a buscar qué comer. Me comunico con un sonido parecido al de los búhos uuuuuuh-uuuh-uuuh, en distintos tonos: para pedir socorro, para amenazar a un agresor, para que me contesten otros mapaches que andan por allí y saber que no estoy sola.

Me gusta nadar y a nado puedo cruzar largas distancias.

Durante muchos años la gente me cazaba para hacer abrigo de piel de mapache. Luego me encerraron en granjas peleteras donde me alimentaban y ya que crecía me mataban para quitarme la piel. Eso ya no sucede más: inventaron los abrigos que imitan mi piel. Desde entonces y como soy muy adaptable, mi población ha crecido y por lo pronto no estoy en peligro de extinción. ¡Pero cuidame, por favor!

Soy ***Lontra longicaudi***, la **nutria** de río, un animal sagrado en muchas culturas americanas. El monstruoso **ahuizotl** de los mitos nahuas. Llevo más de seis millones de años en este planeta y me divierto de lo lindo. Llegué de Europa hace miles de años, antes de que hubiera humanos en este continente. Me encuentras desde el noreste de México hasta el sur de Argentina. Desde el nivel del mar hasta 1,700 metros sobre él. Los hurones, mapaches y zorrillos son mis parientes.

Soy grande, larga y delgada, cubierta de una piel con pelo corto, espeso y lustroso, de los colores de la canela y el café, que me mantiene calientita. Mi cuerpo tiene forma de pez: estoy hecha para nadar.

Tengo una nariz negra que no deja pasar el aire mientras buceo. Mi cuello es tan ancho como mi cabeza, y mis ojitos, miopes fuera del agua pero bien enfocados dentro de ella, brillan rojos en la oscuridad. Soy de patas cortas con unas fuertes garras al final y membranas entre los dedos. Mi cola es un cono largo y musculoso. Visto largos y sensibles bigotes que me ayudan a encontrar en el fondo del lago animalitos para comer, tengo orejas redondas y súper oídos con los que distingo muchos sonidos.

Mi hábitat se encuentra donde hay ríos, pantanos o lagos de aguas claras y sin contaminación en los que viven pececitos, crustáceos, mariscos e insectos acuáticos, en cuyas riberas abundan plantas, árboles y cuevas, y cerca de los cuáles hay muy poca o nada de población humana.

Nací cualquier día del año, ciega, sin dientes, con garras y cubierta de pelo, en una camada de dos o tres crías, hasta seis y desde una, dentro de una madriguera que mi mamá cavó a la orilla de un cuerpo de agua y cubrió con hojas, musgo, palitos y pelos, y a la que hizo una entrada acuática y otra, más alta, terrestre. Mes y medio después, abrí los ojos; a los pocos días de esto salí por primera vez al aire libre. Mis hermanos y yo pasábamos el día jugando, con mis papás hacíamos fiestas en el agua y aprendimos a nadar. Antes del año, y todavía muy joven, ya sabía encontrar mi comida y andaba por mi cuenta, aunque aún pasarían dos o tres años antes de hacerme adulta. Duermo de noche o de día. La tarde es mi mejor momento para estar despierta.

Me alimento de escarabajos acuáticos y otros insectos, cangrejos de agua dulce, peces, caracoles, acociles, ranas, lagartijas, aves y ratoncitos. En el agua persigo a mis presas, las atrapo con mis grandes mandíbulas y me las como enseguida. Si pesco un animal grande, salgo con él a tierra firme y ahí lo devoro. Paso entre tres y cinco horas pescando y cazando pero si tengo cachorros, ocupo todo el día en buscar alimento y llevárselos cuando ya empiezan a comer. Al nadar, mi nariz, orejas y ojos se encuentran sobre el agua mientras no me zambullo. Puedo usar mi cola como remo y cuando buceo ella me ayuda a avanzar muy rápido. Aguanto más de ocho minutos sin respirar ni morir.

Me divierto mucho: muevo piedritas, me deslizo como en una resbaladilla por la ribera alta hasta el río, chapoteo, salto y juego a las perseguidas y a las luchitas en agua y tierra.

Soy muy sociable. Casi siempre vivo con otras nutrias, en grupitos familiares y de amigos. Cazamos, comemos y viajamos juntos, usamos las mismas cuevas para dormir y nos acicalamos unos a otros. Cuando salgo del agua me seco frotándome contra un tronco o rodando en la hierba.

Silenciosa no soy: gruño y silbo cuando me molestan, y chiflo muy agudo si algo me lastima. Por ejemplo, si me atrapa un coyote, un gato montés, un ave rapaz o un puma. O un humano, mi principal depredador.

Mientras juego a veces hago un sonido bajito como de ronroneo de gato, y otro como si me estuviera riendo quedito. También gorjeo como pájaro para comunicarme con nutrias que están más lejos.

Si me ves en el agua significa que no está muy contaminada y en ella encuentro qué comer. Si no me ves, es porque me fui a buscar un lugar con agua limpia donde pudiera seguir viviendo. Pero cada vez hay menos.

Estoy amenazada de extinción. He desaparecido de muchos lugares. Si me quieres de nuevo cerca de donde vives, ya sabes: necesito un hogar donde haya un lago o ríos que corran todo el año entre la selva o el bosque. Consérvalos sin incendios ni talas, con su vegetación natural. Es importante que el agua fluya libre y transparente o casi, no negra ni gris, no con basura ni desechos industriales, para que allí puedan habitar langostinos, peces y toda clase de vida. No me mates ni atrapes a mis crías. Podemos compartir el agua limpia, lo mismo que el monte que tú también necesitas para vivir.

Con esas condiciones, convenientes para todos, pronto regresaré. Podrás verme jugando, llevar a tus amigos y conocidos de excursión, tomarme fotos, jugar y vivir muy bien. Como yo cuando proteges y cuidas mi hábitat.

Soy *Leopardus pardalis*, el **ocelote**, **tlalocelotl**, el tigre de campo, felino, primo de los gatos, nativo de este continente americano, esculpido cientos de veces por artistas precolombinos. Me encuentras desde Arizona hasta Argentina. Existo desde hace siete millones de años.

Alcanzo el tamaño de dos gatos medianos. Tengo en la piel manchas negras muy bonitas, parecidas a las de mi primo el jaguar. Mis orejas son redondas y grandes para oírte mejor, con un brochazo amarillo entre las dos. Mi pelo y cola son cortos; mi cabeza grande, y mis pies acolchonados y anchos para caminar sin hacer ruido. Mis uñas son largas y filosas pero generalmente están guardadas dentro de mis patas. Las uso para escalar y para dar zarpazos.

Mis ojos varían del café al dorado pasando por el rojo y el amarillo, y mis pupilas se hacen chiquitas como rendijas cuando hay mucha luz, y redondas como platos en la oscuridad, en la que veo bastante bien. Mi panza es blanca con negro y en mi cola se ven anillos oscuros. Tengo una súper vista, tanto como si mis ojos fueran unos binoculares; un excelente oído, un poderoso olfato y un gran sentido del tacto.

Mi hábitat son lugares con densa vegetación, como selvas lluviosas o secas, bosques y manglares. Evito las áreas abiertas y áridas para dormir.

Nací con los ojos cerrados, vestido con mi piel maravillosa, en un nido de hojarasca y palitos entre las rocas, en una cueva o en la oquedad de un viejo tronco. Mi mamá parió entre uno y tres cachorros; algo que hace cada dos años, por lo que a lo largo de su vida ella da a luz, amamanta, acaricia, cobija y enseña a cazar hasta a diez crías. Cuando tenía dos años me fui de mi casa y me volví solitario, salvo en invierno, cuando las hembras y los machos estamos listos para reproducirnos. Entonces nos buscamos maullando largamente, gruñendo y emitiendo un perfume que nos atrae. Mis hermanas se quedaron a vivir cerca de mi mamá. Yo tuve que emigrar lejos. Me convertí en adulto sólo cuando tuve un territorio grande que comparto con una o varias hembras.

Los colores de mi piel me ayudan a esconderme entre árboles y plantas, tanto para cazar como para que los jaguares, las águilas arpías, las anacondas y otros animales me atrapen, sobre todo cuando aún soy cachorro, más pequeño y vulnerable. Si llego a adulto puedo vivir hasta diez años.

Solo o en grupo cazo por las noches a las bestias que duermen en el día: algunos insectos, murciélagos, serpientes, venaditos, hurones, aves, peces, tortugas, lagartos, conejos, ratas, tejones, y otros animales casi siempre terrestres y menores de un kilo, porque soy un carnívoro de tamaño mediano y esas presas son las que más abundan. Con mi gran olfato huelo sus rastros hasta encontrarlas. Una vez localizadas, mis ojos y mis oídos son los sentidos más importantes que me convierten en un magnífico cazador. Me permiten acechar a mi presa, esperarla escondido y en el momento adecuado lanzarme por sorpresa sobre ella. Lo que más me gusta comer es carne fresca, que desgarro con mis dientes, que no son para masticar sino para cortar mi alimento en pedazos y tragármelos enteros. Mi lengua rasposa puede limpiar un hueso hasta dejarlo lisito. Soy como tu gato pero mucho más hermoso y muy salvaje.

Paso el día dormido en la rama de un árbol, en una cueva o en una hondonada llena de vegetación, a veces en compañía de otro ocelote pero casi siempre solo. Cuando se va haciendo de noche despierto y comienzo a recorrer mi territorio. Las hembras de mi especie se alejan menos de sus guaridas que yo. Como macho, camino entre dos y siete kilómetros, deteniéndome a cazar, pescar y comer. A diferencia de otros felinos soy un buen nadador. Si encuentro un ocelote desconocido lucho fieramente contra él hasta que se va. Soy tan celoso de mi territorio que esta lucha puede ser a muerte.

Donde los humanos se han instalado quitándome parte de mi hábitat y mucho de mi alimento, me atrevo a cazar también a sus mascotas, ganado mediano y pollos.

En la segunda mitad del siglo veinte estuve a punto de extinguirme. Me cazaban por mi piel, que valía mucho. En 1990 se prohibió en todo el mundo atraparme y venderla. Pero no me he podido reponer porque ya no tengo casi dónde vivir ni de qué alimentarme, y encima me siguen persiguiendo, se roban a mis crías y las ofrecen como mascotas, y a mí me matan para quitarme la piel y venderla en el mercado negro. Estoy en serio peligro de extinción y necesito tu ayuda: que protejas los ecosistemas donde vivo y al resto de los animales silvestres que viven cerca de tí. Que nunca hagas negocios que me perjudiquen.

Soy la **onza**, el **yaguarundí**, ***Herpailurus yagouaroundi*** el gato moro me dicen también. Hace más de ocho millones de años, un antepasado mío llegó de África al continente americano y aquí evolucioné hasta convertirme en lo que soy. Me encuentras desde el sur de Texas, en Estados Unidos, en México, América Central y América del Sur, hasta el norte de la Patagonia Argentina.

Soy primo del puma, el ocelote, el tigre y el gato. Algunos dicen que tengo un aire a hurón pero ese animal no es de mi familia, aunque compartimos hábitat y algunas costumbres. Me parezco a él porque soy largo y delgado, y mi cabeza es un poco aplanada como la suya.

Tengo fama de ser el felino menos parecido a los demás, aunque hay quien me confunde con un puma pequeño de orejas redondas y patas delanteras cortas.

Soy del tamaño de tu gato y de un solo color: café rojizo, café oscuro, gris canoso o negro. En mi panza esos colores son de un tono más claro. No tengo manchas ni rayas. Mi cola es larga y, si me acaricias, cosa que no te recomiendo porque soy muy salvaje, encontrarás que mi pelo es áspero y corto.

Mi hábitat preferido son las orillas donde terminan los bosques tropicales húmedos o secos, con mucha vegetación diferente, suelos profundos llenos de hojas, semillas y animalitos; donde empiezan las áreas abiertas de pastizal o agricultura. Procuro vivir cerca del agua limpia y corriente, soy muy buena nadadora, por lo que puedes encontrarme donde hay lagos, ríos y manantiales. También me han visto entre los matorrales secos y espinosos de las zonas áridas. Prefiero vivir en tierras bajas pero si es necesario mi territorio puede abarcar montañas que están a más de tres mil metros sobre el nivel del mar.

Nací sorda y ciega, cubierta con una piel peluda y calentita, entre noviembre y diciembre, en el tronco hueco de un árbol centenario porque mi mamá sólo ocupa guaridas naturales, en una camada de dos cachorros. Podría haber sido cría única o tener uno o dos hermanos. Con los cuidados y la protección de mi mamá a las dos semanas ya había abierto los ojos y escuchaba por primera vez sus suaves ronroneos y los sonidos de la naturaleza. Antes de cumplir un mes pude salir al aire libre. A las seis semanas de edad mamá comenzó a enseñarme a cazar, y ya me alimentaba con escarabajos y otros animalitos que andan en el bosque.

Tenía diez meses y ya era independiente. Espero vivir quince años, o más, y dar a luz y criar a nueve hijos.

Cada día necesito comer casi medio kilo de carne. Me alimento sobre todo de pequeños mamíferos, aves, reptiles y anfibios, y también de peces, insectos y gusanos. Rara vez como fruta o hierba. Si no me queda de otra, me aventuro a entrar en territorio humano y devoro unas gallinas o un guajolote.

A diferencia de los demás felinos, duermo y despierto con el sol. Entre las dos y las cuatro de la tarde es cuando estoy más activa. Camino muchísimo, más que mis primos, y también, a diferencia de ellos, aunque me gusta subirme a los árboles, trepo ágilmente a ellos y salto de rama en rama muy contenta,

prefiero el suelo firme para cazar. Desde allí pego unos saltos de dos metros de altura para atrapar algún ave que pasa volando despistada. Soy solitaria, tímida y cuidadosa para no caer en las trampas que ponen los humanos. Me expreso y comunico con 13 sonidos distintos.

Mucha gente cree que soy una especie abundante y por eso no estoy amenazada de extinción, porque seguido me encuentra por acá y por allá. Se equivocan. Lo que sucede es que es durante el día cuando salgo y estoy activa, igual que tú. Además, recorro, como parte de mi territorio, las orillas de las zonas de cultivo, donde empieza la selva o el bosque. Por eso me ven más, pero eso no significa que abunde.

Para vivir, comer, crecer y reproducirme necesito un hogar de cien kilómetros cuadrados. Como la mayoría de los animales silvestres, yo también he perdido mi hábitat, he tenido que emigrar y adaptarme a nuevos climas, nuevos paisajes, nuevas presas para mí. Ya casi no tengo dónde vivir. Me estoy extinguiendo y nadie sabe aún cuántos quedamos. Mis crías han muerto en incendios provocados, talas, trampas, cambios de uso de suelo, cacería deportiva (prohibida en muchos países pero no en México) porque ni mi piel tiene valor en el mercado ni mi carne es apetecible para tí. Los agricultores me disparan a matar si traen un rifle y me ven. Hace años, en cambio, era yo muy valorada porque ayudo a evitar plagas de roedores y conejos que hacen daño a los cultivos. Cuando al campesino pobre le falta alimento, quiere cazar a las mismas presas que yo y éstas se van extinguiendo. Al perderse parte de mi hábitat, he tenido que compartir el que queda con otras especies carnívoras como el ocelote, el puma y el gato montés. Es más difícil para todos conseguir comida, y podemos llegar a exterminar a algunos herbívoros como conejos y liebres. ¿Y qué voy a hacer entonces? Sólo tú puedes permitir que la selva y el monte se regeneren.

Soy **miztli**, el **puma**, nativo de este continente americano. Me encuentras desde el río Yukón en Canadá hasta la Patagonia argentina. Más o menos del tamaño de un perro gran danés, poseo el título de cuarto felino más grande del mundo.

Soy **Felis Conocolor** porque mi pelo es todo de un solo tono, dorado o rojizo o plateado, y sin manchas ni rayas... bueno, con pequeñas manchas en mi cuello y mi barbilla. Mi garganta, pecho y bigotes son blancos. Soy esbelto, ágil y musculoso, aunque no tanto como el jaguar, un primo que es de mi tamaño. Tengo unas poderosas patas delanteras para correr velozmente, que terminan en cinco garras afiladas con las que atrapo a mis presas irremediabilmente.

Con mis patas traseras puedo dar saltos tan lejos como de ocho metros y tan altos como de cinco metros, lo de una casa de dos pisos, y correr rápidamente distancias cortas. Mi larga cola puede medir casi un metro y me ayuda a guardar el equilibrio y no caerme ni desbarrancarme al andar sobre ramas y caminos estrechos. Mi cabeza es más pequeña que la de mi primo el león. Y suelo ser un poco más pesado que el leopardo, otro de mis primos felinos.

Mi hábitat preferido es donde hay árboles y vegetación densa, para que pueda acechar a mis presas y alimentarme mejor, esconderme y sentirme protegido. Puede ser una selva tropical, un manglar junto al mar o un bosque frío que llega a la punta de una montaña que se llena de nieve en invierno.

Como cada vez hay menos lugares así, he tenido que vivir en campos y desiertos donde, si percibo una amenaza constante, emigro.

Nací en una cueva en medio de la selva, en un lugar casi inaccesible a ti, en una camada de dos cachorros, aunque podríamos haber sido hasta seis. Pálido, de ojos azules y anillos en la cola que al crecer desaparecieron, no veía yo nada. Si no es por mi mamá, me muero. Ella es capaz de pelear y correr a cualquier animal que quiera atacar a sus cachorros, aunque sea más grande que ella. Es tan solitaria como cualquier puma, pero cuando tiene crías vive en grupo con ellas y nos cuida muy bien. Varias veces nos mudamos de guarida para que nadie nos encontrara ni pudiera hacernos daño. A los tres meses empecé a acompañarla a caminar y buscar alimento y a los seis ya cazaba yo pequeñas presas sin ayuda de nadie.

Antes de cumplir los dos años de edad dejé mi casa, buscando conquistar mi propio hogar. Fue muy difícil. Tuve muchas peleas con otros machos. Algunos de mis hermanos murieron en ellas, y me fui muy lejos, fuera del hábitat donde nací y crecí. Llegué a adulto. Soy solitario pero comparto mi extenso territorio con otros machos y hembras de mi especie. Espero vivir entre ocho y 13 años, quizás más.

Como todos los felinos, soy completamente carnívoro. Mi dieta incluye desde insectos hasta los venados más grandes que puedan existir, pasando por conejos, armadillos, coyotes, puercoespines, coatís, gansos, lagartos, serpientes venenosas y lo que sea que tenga carne.

La humana, he de decir, no es de mis preferidas. En general, trato de evitar cualquier contacto contigo porque sé que eres muy peligroso. Es muy raro que te ataque, de veras muy raro. Tendría que estar muriéndome de hambre para caer sobre ti. O verme acorralado, y entonces tener la necesidad de defenderme.

Gracias a mis fuertes músculos puedo cazar un animal tan grande como cuatro veces mi tamaño. Lo que más me gusta comer es venado. Empiezo a cazar cuando va a hacerse de noche. Tengo una vista nocturna excelente. Me escondo entre los árboles o acecho sobre las piedras altas porque, dicho sea de paso, soy magnífico para escalar. Observo, elijo a mi futuro alimento y espero la ocasión adecuada para dar un enorme salto hacia su lomo y morderlo en el cuello matándolo enseguida. Cuando ya quedé satisfecho, arrastro sus restos para esconderlos, los cubro con pasto y regreso a comérmelos después de algunos días, cuando me vuelve a dar hambre, y así hasta que no queda nada de ellos.

Por cierto, yo no puedo rugir como mis primos los jaguares o los leones. No está en mi naturaleza. Ronroneo, gruño y maúllo como si fuera un gatito, y gorjeo como ave, pero no esperes de mí un rugido. Si encuentro a otro macho, silbo antes de pelearme con él, esperando que se retire de mi camino.

No me gusta nadar pero puedo hacerlo.

Alguna vez fui el mamífero más extendido de todo el occidente. Al llegar, los colonizadores europeos me trataron como una fiera muy peligrosa y me persiguieron con tal saña que estuve a punto de extinguirme.

Tú eres la peor amenaza para mi existencia. Me despojas de mi hábitat cuando incendias y talas árboles, y venados y otras presas se ven obligadas a emigrar. Luego pones a tus animales a pastar, yo me zampo uno y me persigues con jaurías de perros y rifles de última generación hasta matarme. ¿Qué quieres que haga si me dejas sin hábitat y sin alimento?

Entras a mi territorio. Lo destruyes. Haces allí tus casas, tus milpas. Yo te acecho, observo tu ganado y tus animales, me habitué a estar cerca de ti, te pierdo el miedo y lo más lógico es que de vez en cuando me coma a alguna vaca o algún perro.

Hay cazadores que me matan por el simple placer de matarme. Otros, porque quieren mi piel tan fina, para vender y hacerse sus abrigos. Pero ya está prohibido comerciar con ella, vender a mis cachorros, llevarme a los zoológicos o a la gente adinerada que le gusta tener enjaulado en su enorme jardín a una fiera como yo.

Tanto me has perseguido que durante el siglo pasado estuve a punto de desaparecer del planeta. No me extinguí gracias a que me fui a lugares remotos a esconderme, donde hacía mucho frío, a grandes altitudes, a desiertos donde el sol quema de día y el frío de la noche hiela los huesos, a los pocos bosques densos y oscuros que aún quedan en tu país. Cambié de hábitat y estuve en paz, me reproduje y me recuperé.

Todavía mi futuro es incierto. Perseguirme no hará que deje de tratar de alimentarme de tu ganado. Mejor guarda bien a tus animales domésticos en las noches para que no me los vaya a comer. No me tiendas trampas, no me envenenes, deja que mi hábitat se regenere. Recuerda que yo mantengo a raya a los coyotes, que ayudo a evitar que mapaches, hurones, tejones y cacomixtles, ardillas y ratas se conviertan en una plaga para ti. Evito que la población de venados crezca tanto que se coman todas las hierbas, el pasto y los arbustos que pueblan el ecosistema, y se extingan entonces ellos mismos.

Si me encuentras alguna tarde, no vayas a huir corriendo, ni me des la espalda, porque me darían ganas de perseguirte. Tampoco te me acerques demasiado. Mírame directamente a los ojos, grita con la voz más ronca que tengas y ordéname firmemente que me vaya. Intenta estar calmado. Si tienes un bastón o un palo en la mano, agítalo, trata de asustarme. No te agaches ni te hagas el muerto. Si traes puesta una chamarra, haz que parezcas más grande y gordo de lo que eres. Generalmente, antes de eso ya me habré ido.

Soy *Didelphis marsupialis* el **tlacuache** común, tlacualzin, primo de los canguros, marsupial que vive en el continente americano. Habito en la tierra desde hace por lo menos 60 millones de años. Fui de los primeros mamíferos que aparecieron en el mundo, y no he cambiado mucho. Me encuentras desde el noreste de México hasta Bolivia, Perú y las Antillas.

Mi cuerpo es gris, mi piel está cubierta de pelo espeso donde sale y ralo y despeinado en la punta, salvo en mis orejas y mi larga cola desnudas. Por ella me confunden con una rata gigante del tamaño de un gato. La rata, sin embargo, ni siquiera es de mi familia. Si te fijas, soy muy diferente de ella.

Tengo un hocico largo y puntiagudo que termina en una nariz de la que salen unos bigototes. Cuando lo abro aparecen mis dientes afilados y mis colmillos bien puestos. Dime cuándo has visto a una rata colgarse de la cola en la rama de un árbol, algo que hago con frecuencia. Mis patas son cortas y terminan en una especie de mano como la tuya, con cinco dedos. Uno de ellos, el pulgar, separado del resto como el tuyo. Mi cara es pálida con una línea de pelo oscuro en la frente. Mis ojos son negros como mis patas, y redondos como canicas. Los machos de mi especie pueden pesar el doble que las hembras.

Mi hábitat preferido son los bosques no demasiado densos y las selvas tropicales y templadas, pero soy muy adaptable, así que puedo vivir en toda clase de lugares: el desierto, los pantanos, el campo, el pueblo y la ciudad. Cerca del mar y hasta a más de dos mil metros de altura sobre éste.

Nací en una madriguera oscura como el hueco de un tronco de árbol, de un gran tecorral o el closet de tu casa. Mi mamá tiene entre 5 y 9 hijos cada cuatro meses, durante dos o más años.

Llegué al mundo pesando unos 3 gramos. Era del tamaño de una abeja. Pelona y ciega, mis vísceras se transparentaban en mi delgada piel, y todavía no me habían salido patas traseras. Con las uñas de mis manos me agarré de mi mamá y avancé hasta llegar a uno de sus nueve pezones diminutos que se encuentran en una bolsa que ella tiene en su vientre y se llama marsupio, cubierta por dentro con una pelusilla suave y calentita. Me prendí de un pezón, allí estaba mi alimento, y no me solté hasta que pasaron por lo menos 50 días. Para entonces, ya había crecido y era mucho más guapa que al nacer. Salí del marsupio de mi mamá y desde ese momento y hasta que tuve como 100 días, nos podías ver a todos los hermanos agarrados de su lomo o de su cola que pone encima de él y le llega hasta la cabeza, y a ella caminando con cuidado para que no nos cayéramos.

Durante el día, descansábamos en oscuras madrigueras, a veces dos camadas de crías. Por la noche, salíamos con ella a comer. Cuatro meses después de haber dejado el marsupio, tomé mi camino. Espero vivir hasta los seis años.

Me alimento de todo lo comible: insectos, arañas, alacranes, frutas, lombrices, elotes, tortillas, moyotes, verduras, pollos, pípilas, ranas, basura orgánica, carroña, pizzas y mucho más. Trepo a los árboles para robar huevos, ardillas y pajaritos. Tengo un excelente estómago que todo lo digiere. Si tienes gallinas, enciérralas muy bien en la noche porque soy capaz de comérmelas. Si dejas la puerta de tu casa abierta, puedo entrar y saquear tu cocina.

Generalmente soy un animal solitario y poco sociable, aunque a veces vivo en grupo con otras hembras. Los machos adultos no se juntan porque se pelean, siempre andan solos. Los jóvenes se agrupan para hacer montón y defenderse. Si un macho se me acerca cuando no estoy en celo, lo ataco y se va tranquilamente a su guarida. Mi madriguera, donde paso todo el día, está cubierta de hojas y hierba que transporté con ayuda de mis manos y de mi cola, que me sirve también para llevar cosas. Diariamente paso largo rato acicalando mi pelo y mi cara. Mudo de guarida constantemente. Cuando estoy en tal peligro que no puedo huir, pongo los ojos en blanco, contraigo los labios, saco la lengua, aflojo todos los músculos y me hago la muerta. Aunque me agarren y me zangoloteen, no me muevo. Aburrido, el agresor me deja tirada y se va. O se distrae y aprovecho para huir. Siempre hago eso, salvo si van a hacerles daño a mis crías: entonces las defiendo luchando ferozmente.

Aun así, los tlacuaches, sobre todo cuando somos pequeños, podemos ser alimento de aves de rapiña, ocelotes, perros, pumas, gatos monteses, coyotes y otros carnívoros medianos y grandes con los que compartimos hábitat. Nos convertimos en parte de ellos.

Aunque no lo sepas, soy importante para ti y para la red de vida que nos sustenta. Controlo las poblaciones de ratones, ardillas, insectos y alacranes entre otras. Evito algunas plagas que atacan a los árboles frutales. Soy simpático, único. Tengo millones de años sin extinguirme, y millones de experiencia guardada en mis células. Fui el primer mamífero mexicano que viajó a Europa, escondido en cajas de fruta de un barco español que salió de Veracruz en el siglo XVI. Soy alimento de muchos carnívoros diversos que gracias a mí pueden sobrevivir.

Aunque me encuentro bien cerca de donde vives, la mayor amenaza para mi existencia es la pérdida de mi hábitat natural que tú has provocado: la selva seca donde los árboles tiran sus hojas y les salen brotes y se vuelven verdes y frondosos con las lluvias, y las barrancas por cuyo fondo pasa el río.

No necesitas cazarme, matarme o perseguirme a todas horas y en todas las épocas del año. Está prohibido que me atrapes, me vendas o me compres, vivo o muerto. Ni siquiera para que sea tu mascota, porque soy un animal salvaje, indomesticable, que le gusta andar a su modo. Mejor obsérvame, tómame fotos, hazme un poema, dedícame una canción, conóceme bien, y verás que vale la pena que me cuides, me admires y me protejas.

Soy *Odocoileus virginianus*, Mazatl, el **venado cola blanca**, el más pequeño de todos los de América. Me encuentras desde el sur de Canadá hasta Bolivia y Perú. Mi familia vive en casi todas partes porque existo, he evolucionado y me he dispersado por todo el mundo desde hace millones de años.

Mi lomo es café rojizo y mi panza blanca. Blanca también es una mancha que empieza en mi garganta, llega a mi barbilla, se detiene debajo de mi boca y se convierte en negra. Blancos son el derredor de mis ojos, mi vientre y la parte de debajo de una cola que se levanta cuando corro. Mis patas son delgadas y cortas, diseñadas para correr muy rápido y con unos buenos cascos todo terreno. Mis piernas son fuertes, con ellas doy coces a quien se acerque a mí demasiado para hacerme daño porque, aunque prefiero huir, también lucho en caso necesario.

Tengo unas orejas que me ayudan a escuchar muy bien y distinguir cada sonido que se produce a mi alrededor; unos ojos que me permiten ver qué se mueve, qué está quieto, quién llega y quién se va, mientras pasto y rumio, y lo mejor: un súper sentido del olfato.

Habito en selvas y bosques donde hay sombra, me siento protegido y puedo comer a mi antojo. No importa a qué altitud estén, o que tan frío, húmedo o templado sea el clima, necesito tener cerca agua limpia para beber. Puedes encontrarme en pastizales y tierras de cultivo, siempre que estén cerca del bosque o la selva, para correr hacia allí si percibo algún peligro.

Cuando mi mamá tenía siete meses de embarazo, se alejó de su manada, se internó en la selva y allí, a salvo de miradas y depredadores, nacimos dos crías, en medio de muchos árboles, en la montaña. Lo primero que hicimos fue ponernos de pie. Mamá permaneció sola con nosotros durante dos semanas. Únicamente se ausentaba unas cuatro horas diarias para ir a comer. Nos dejaba escondidos a cada uno en un lugar diferente, en hondonadas, cerca de unas rocas, junto a un enorme tronco caído, en donde el bosque es más espeso. Mientras estaba solo, permanecía completamente agachado, con el hocico pegado a la hojarasca que cubre la tierra del monte y sin moverme en absoluto. Ni siquiera hacía caca o pipí, para que nadie me descubriera por el olor. Mi piel café rojiza con motas blancas hacía que me confundiera con la cobertura del suelo. Así es muy difícil que algún puma, un coyote, una manada de perros o tú me encuentre y me devore.

Al poco tiempo mamá nos llevó por fin con su pequeña manada: hembras y cervatillos. Si corría levantaba su cola blanca y así no la perdíamos de vista y era fácil seguirla.

Retozábamos mucho los cervatillos y cuando llegábamos a donde hay agua nos gustaba salpicar con las patas y nadar.

Como soy macho, al hacerme adulto, antes de dos años, empecé a alejarme del grupo y a formar uno nuevo con otros ciervos. Las cervatillas siguieron con sus mamás durante otro año, en grupos pequeños de dos o tres hembras con sus crías. En mi cabeza comenzaron a salirme unos cuernos que se fueron ramificando para arriba, y me volví grande y fuerte. Donde abundaba el alimento íbamos a comer, encontrábamos a otros grupos de venados, compartíamos la pastura y nos cuidábamos mutuamente. Ya avanzada la noche cada familia se iba por su lado. Yo, con mi grupo de machos. Juntos estamos más protegidos que dispersos.

En la primavera me puse inquieto, buscaba algo, bramaba fuerte, un mugido ronco y largo. Mi grupo de machos se deshizo, cada uno se fue por su lado. Las hembras me llamaban con su olor. Una tarde llegué a un claro del bosque y vi a un grupo de venadas. Dos machos se acercaron a mí y lanzaron tales bramidos que me asustaron, así que me interné en el bosque y anduve solo, caminando de aquí para allá con mi cornamenta en la cabeza que se desprendió de mí antes de que acabara el año.

Al poco tiempo volví a andar en grupo con otros machos. De nuevo me brotaron cuernos y crecieron enormes. Me sentí inquieto en primavera, mi grupo de machos se deshizo, bramé buscando a las hembras, viajé grandes distancias y atraído por su olor llegué a su encuentro. Me acerqué a un grupo de ellas. Un macho corría alrededor de otro grupo. Me vió y lanzó unos bramidos que ahora no me asustaron: yo quería aparearme. Me enfrenté al macho y luché con él para lograrlo. Bajé la cabeza y embestí. Nuestros cuernos se enredaron, tenía que demostrar que era el más fuerte. Mientras, ellas comían y rumiaban, algunas echadas sobre la hierba, parecían tranquilas, observándonos de reojo. Como aún era yo joven, él se apareó con la mayoría de las hembras; otro macho con el que también luché acabó yéndose derrotado, y yo pude cruzarme con dos venadas.

Cada año pierdo mi cornamenta y me nace otra. Cada año busco a las hembras, lucho con otros machos, demuestro que soy fuerte, inteligente y empeñoso y me reproduzco. Seis meses después de cumplir los cinco, me convertí, por fin, en un macho adulto dominante que encantaba a las hembras con mis bramidos y ganaba en todos los combates. Aunque corro hasta a 50 kilómetros por hora, brinco a tres metros de altura y de un salto avanzo nueve metros, pude haber sido devorado por algún gran animal carnívoro antes de cumplir los tres años, como la mayoría de los venados. Tengo la esperanza de llegar a cumplir 10.

He sobrevivido millones de años por lo variado de mi dieta. Dependiendo de la época del año, puedo comer hojas de pino, bellotas, brotes de muchas especies de árboles, plantas, hongos, semillas, nueces, maíz, alfalfa, líquenes. Soy completamente herbívoro, en especial, ramoneador, es decir, me gustan las hojas tiernas y las ramitas de los árboles y arbustos. También me alimenta la fruta silvestre y lo que siembras en tus huertas y áreas de cultivo, así que a veces me aventuro y entro a tu rancho.

Durante las horas de más calor duermo o me quedo echado, rumiando lo que comí en la mañana. Cuando el sol se está yendo yo camino un rato y ramoneo lo que voy encontrando, y más noche me echo a descansar hasta que la aurora anuncia que llega el nuevo día.

Soy muy nervioso. Aunque parezca que pasto tranquilamente, siempre estoy alerta para salir corriendo antes de que me atrapen o me maten. Mis ojos buscan cualquier movimiento inusual; mis oídos pueden escuchar ruidos distintos de los acostumbrados, un diapasón en medio de la sinfonía de la naturaleza. Mi olfato es tan bueno que el aire me trae el olor de un depredador como tú. Y entonces levanto mi cola para avisar a otros venados que hay peligro, mientras corro a internarme en el bosque espeso, donde puedo sentirme a salvo. Si es necesario, entro al agua y atravieso a nado pequeños lagos y ríos. Para ir a comer ando siempre por los mismos caminos, que he formado al pasar tanto por allí. Cuando duermo, sin embargo, lo hago siempre en lugares diferentes. Pero no soy una especie migratoria.

Además de bramar hago otros sonidos: resoplo, balo, gruño y así y con algunas posturas corporales, me expreso y me comunico. Si estoy herido grito, si una hembra busca a su venadito susurra. Sin embargo, en general soy bastante callado.

Desde épocas remotas yo, meztli, era venerado en todas las culturas. Hasta principios del siglo XXI podías encontrarme en muchos lugares de México. Hoy ya no. Estoy en peligro de extinción en este país. Cerca de donde vives éramos muchos. Nuestro hábitat ha sido incendiado, talados los árboles, arrancado la vegetación. Me persigues con saña. Me matas, me secuestras, me encierras. Soy un animal silvestre. Necesito mucho espacio para vivir, reproducirme y evolucionar. Déjame libre. Quiero ser más que un recuerdo para ti. Ayúdame a recuperarme, a que volvamos a ser más y luego, si vas a cazarme para comer, que sea a mí, al macho. Respeta a las hembras, que pueden estar preñadas o criando venaditos. Deja en paz a los cachorros. ¿Para qué me engañas con un silbato de madera que suena a bramido? ¿Cómo puedes, tranquilamente, imitar el balido de un cervatillo o usarlo para atraer a su mamá y luego apresarlos o matarla?

Dicen que soy una especie protegida por convenios internacionales, pero me encierras en un centro comercial, en un zoológico, en un rancho que se hace llamar ecológico, en un criadero. Olvidas que durante millones de años he existido y he compartido mi vida contigo y con otros depredadores grandes que me necesitan para no extinguirse ni comerte a ti. El coyote, el puma, el ocelote y el gato montés son mis compañeros de hábitat de toda mi existencia; son parte de mí porque soy su alimento, y así conservamos el equilibrio ecológico.

Si me dejas en paz, en un hábitat donde haya suficiente alimento, agua y cobijo, mi población crecerá rápidamente. Si existo es porque hay agua pura que necesitas para vivir, árboles que te dan frescor y oxígeno, madera, hierbas medicinales, hongos comestibles, suelos fértiles, insectos que ayudan a evitar plagas en tus cultivos, aves canoras y una naturaleza prístina que te conecta con la energía de la vida. Si nos proteges, te cuidas.

Soy **Epatl**, el **zorrillo encapuchado**, *Mephitis macroura*. Me encuentras desde el sur de Estados Unidos hasta el norte de Costa Rica pero donde más abundo es en México. Los restos de un antepasado mío que tienen entre tres y medio y cinco millones de años fueron descubiertos en Baja California Sur.

Tengo la cara manchada de blanco, por eso me dicen encapuchado. Mi pelo es largo en la cabeza y lo alto de mi cuello. También es larga mi cola y su pelo abundante y largo, donde se mezclan el blanco y el negro. De mi pequeña y larga cabeza salen dos largas y gruesas rayas blancas que recorren mi lomo y se pierden en mi cola.

Mis ojos son verdes, mis patas cortas, mis dientes fuertes, tengo una súper vista, oigo lo que no alcanzas oír y poseo un magnífico sentido del olfato. Espero vivir cinco o seis años.

Mi hábitat son las praderas donde crece abundante pasto, cerca de una fuente de agua que puede ser un río, un manantial o una poza. Cuando más me dejo ver es en las noches lluviosas. De día duermo en una madriguera en las grietas de las rocas, o dentro de algún mueble abandonado por ti, de esos que tiras y quedan escondidos entre las plantas. Durante las horas de más calor puedes buscarme también en el hueco de un árbol en la selva. Vivo entre matorrales espesos, cerca del mar, en los manglares y hasta en los desiertos y en una casa abandonada, pero siempre por donde hay agua y me pueda refugiar, y si merodean ricos ratones, mejor. Me gusta el clima templado de valles y zonas bajas, pero si es necesario subo a las montañas y las hago mi hogar.

Nací entre el verano y el invierno, en una camada probablemente de tres o cuatro hermanitos. Al mes ya salíamos a explorar, jugar y a veces nos peleábamos, chillábamos y dábamos patadas y mordidas. Mamá nos enseñó a encontrar insectos y comerlos, y a tirar botes llenos de basura para buscar tortillas duras y restos de otros alimentos que no te comiste. Soy omnívoro como tú: me gustan la fruta, las verduras, los elotes, las lagartijas, las croquetas de perro, el pollo crudo o cocido, pero sobre todo me alimento de insectos, arañas y roedores.

A veces subo a los árboles a buscar huevos. Los tomo con mis patas delanteras y para abrirlos los trueno entre las patas traseras.

Soy un animal solitario pero si me encuentro a otros zorrillos, en una huerta por ejemplo, comemos juntos sin problema los mangos, las chirimoyas, las ciruelas y los insectos que andan por ahí saboreando fruta y polinizando las flores.

Duermo de día hecho bolita en mi madriguera y en la noche salgo a recorrer mi hogar, que ronda los cinco kilómetros cuadrados. Camino por los cauces de los ríos, subo por paredes rocosas, ando sobre los campos llenos de hierba y por los caminos. Cuando descubro alguna presa me muevo despacio y con cautela entre las plantas y pastos y en el momento conveniente salto sobre ella. Dicen que soy tímido y reservado, pero

si me ves y te acercas con cuidado a mí, a dos metros de distancia, no más, tal vez me quede observándote.

Si das un paso más gruño, arqueo mi lomo para verme temible y asustarte con esas rayas blancas que se mueven conmigo, y golpeo el suelo con una pata. Puedo morderte con mis fuertes y afilados dientes, o emitir un chillido agudo, levantar mi cola, darte la espalda, caminar unos pasos y aventarte desde mi ano chisquetes de aceite amarillo y pestilente que si te cae en los ojos te arderán y tendrás que correr a lavarte; si te cae en la ropa nunca se le quitará el olor y la mancha, y si te cae en el cuerpo a ver cuántas veces necesitas bañarte para olvidarme.

Encerrado en un establo soy capaz de huir a lomos de un borrego, un caballo o una cabra. Mi naturaleza es libre, silvestre y salvaje, no me puedes domesticar, ni lo intentes.

A pesar de todos mis artilugios, los coyotes, águilas, pumas, grandes búhos y otros depredadores a veces logran atraparme y devorarme, sobre todo cuando soy pequeño.

Sin embargo, mi principal cazador eres tú. No te gusta que me lleve los huevos que ponen tus gallinas, ni que tire tus botes de basura, ni que rocíe a tu amenazante perro con mi olor, y me tiendes trampas, me envenenas, me matas, me atropellas con tus vehículos, destruyes mi hábitat. A veces hasta me comes. Aunque no lo sepas, soy tu ayudante: devoro y mantengo a raya a ratas, ratones, ardillas y conejitos para que no sean tantos que se conviertan en una plaga. También como chapulines, moyotes y otros insectos que no quieres en tus cultivos. Si me entiendes, soy bien cooperador.

Soy **Kosatli** la **zorra gris**, ***Urocyon cinereoargenteus***, la del pelo plateado cenizo, originaria de Norteamérica, carnívora, cánida, prima de los perros y los coyotes. Una de las más grandes de todas las zorras, y la más antigua: tengo diez millones de años de edad. He logrado sobrevivir tanto tiempo porque puedo adaptarme a los cambios de hábitat, clima, altura y alimentación. Tengo fama bien ganada de astuta, discreta y callada.

Mi hocico es corto, mis orejas largas y puntiagudas, mi pelaje plateado en el lomo, con un listón negro que cruza desde la nuca y llega a la punta de mi larga cola.

De mis cachetes baja pelo blanco por mi cuello, pecho y panza. Mis patas son cortas y rojizas y terminan en garras en forma de gancho, tan fuertes como para permitirme subir a los árboles, algo que nadie más de mi familia puede hacer. Con ellas cavo en la tierra para construir una madriguera o para comer algo que está

enterrado. Soy delgada y fuerte. También oigo, huelo y veo mucho mejor que tú. Puedo correr a buena velocidad durante varias horas sin cansarme, y los colores y formas de mi cuerpo me permiten esconderme bien de los depredadores, que fácilmente me confunden con maleza entre la maleza.

Mi tamaño es el de un perro mediano, más grande el macho que la hembra.

Desde hace miles de años mi hábitat son las montañas con grandes rocas y cuevas escondidas entre bosques, selvas o matorrales con vegetación espesa, lejos de ti y cerca de donde brota o corre agua cristalina. Mi hogar abarca unos 135 kilómetros, y el de los machos poco más de 90.

Últimamente, la escasez de espesos bosques me ha obligado a emigrar a otros hábitats como desiertos, pastizales, tierras de cultivo y granjas.

Nací en una madriguera abandonada que mi mamá, que tenía poco más de diez meses de edad, acondicionó dentro de una cueva o en el tronco de un viejo árbol, en una camada de cuatro cachorritos, aunque podríamos haber sido tres o hasta ocho. Entonces mi piel era café oscura y yo pesaba menos de un kilo.

Mamá me amamantó y entre ella y papá me cuidaron durante casi mes y medio. A las cinco semanas comencé a comer carne y fruta como ellos y al poco tiempo empezaron a enseñarme a cazar. Yo jugaba a acechar y saltar sobre presas tan pequeñas como una lagartija o un escarabajo. También jugaba a luchitas con mis hermanos. Muy pronto, de cuatro meses, ya con todos mis dientes permanentes, fui capaz de encontrar sola mi comida y valirme por mí misma. Hasta entonces, mis papás me cuidaron, alimentaron y defendieron para que ningún animal me matara o me secuestrara.

Después mi vida corrió peligro. Como ahora, de día descansaba en el hueco de un árbol, entre las rocas o en alguna otra guarida abandonada o que yo misma construí, donde me siento protegida. De noche salía a buscar comida, igual que otros animales que me querían a mí para alimentarse: los coyotes, los lince, las águilas, los búhos me buscaban. Tuve mejor suerte que muchos zorros jovencitos, que antes del año ya se volvieron sangre de su sangre, cuerpo de su cuerpo.

Espero vivir ocho años si no me atacan tus perros, los gatos monteses, tú u otros carnívoros mayores. Cada primavera me apareo con un macho que me buscó y evitó que otros zorros se acercaran a mí; me nacen cachorritos, los criamos y a los pocos meses, cuando ya se valen por sí mismos, cada quien se va por su lado, porque somos animales solitarios.

Me alimento de frutas, chapulines, ardillas, conejos, mariposas, aves, tuzas, plantas, ratones, semillas y otros ricos platillos. Si me atrevo a acercarme a tu casa puedo comer pollo, guajolote, perritos, elotes y restos de tu comida. Cuando como fruta algunas semillas salen con mi excremento y nacen, lejos del árbol de donde la arranqué. Si sobra comida no la tiro: cavo un agujero, la guardo allí, la tapo y hago pipí encima para marcarla, saber dónde está y que nadie me la quite.

Me gusta salir por las noches, treparme a los árboles, saltar de rama en rama y luego bajar de alguno de ellos. Me gusta acechar a mis presas, lanzarme sobre ellas y antes de que se den cuenta darles una mordida fatal y devorarlas. Me encanta nadar a la luz de la luna o en plena oscuridad. En el agua avanzo rápido, a treinta kilómetros por hora sin cansarme. Aunque soy solitaria, cuando me junto con algún zorro ladro y gruño y hago otros sonidos parecidos a los tu perro, que es mi primo.

El mayor peligro en el que me encuentro eres tú, que destruyes el hábitat de los depredadores que controlan el crecimiento de mi población. Tú, que fragmentas o acabas con mi hábitat original donde durante millones de años encontré comida y refugio: lo incendias, lo talas, pones tu casa, llevas a tus animales. Yo encuentro los campos donde cultivas, tus gallinas, tus basureros, y voy allí a alimentarme y eso no te gusta. Entonces me tiendes trampas, me envenenas, me disparas. Aunque esté cerca de dar a luz o criando cachorritos.

Otras veces te internas en el bosque, solo o con una manada de perros y me matas por deporte, nomás porque me encontraste porque ni siquiera te gusto para comerme. Mejor tómate una foto. Yo soy alimento de animales grandes y salvajes. Si me extingo ellos se van a quedar con hambre y algo harán para saciarla. A ti te beneficio también al alimentarme yo de ratones, ardillas, conejos e insectos que pueden perjudicar tus cultivos si se reproducen demasiado. Los mantengo a raya. Si no quieres que me coma a tus gallinas, enciérralas bien en la noche que es cuando llego a tu casa. Si devoro a una o dos, o encuentras que visité tu milpa y comí de ella, no quieras matarme ni encerrarme, primero comparte conmigo algo de tu alimento, y luego haz gala de tu astucia y tu inteligencia para evitar que regrese y me lo acabe.

Soy ***Homo sapiens***, hombre y mujer sabios, **tlakatl**, la persona, **el humano**. Existo más o menos desde hace 195 mil años. Soy la especie de mamífero más abundante en la tierra, la más joven y la que se ha esparcido más.

Tengo el cerebro más nuevo de todo el reino animal, con un gran lóbulo frontal que está, como su nombre lo indica, detrás de mi frente, dentro de mi cráneo, debajo de la parte delantera de mi cabeza.

Gracias a que se encuentra tan desarrollado soy capaz de pensar en el futuro y el pasado, hacer planes y llevarlos a cabo, comunicarme y ordenar a todas las partes de mi cuerpo para que actúen en conjunto; me pregunto cosas de la vida, me motivo para actuar, para trabajar y cambiar. Mi lóbulo frontal me hace apto para inventar, crear, escribir, hacer operaciones matemáticas, pensar lógica e ilógicamente y construir frases y párrafos con numerosas palabras. Mi cerebro está siempre abierto a aprender y a crear.

Soy la especie más comunitaria y colaboradora que existe. No podría vivir sin la cooperación de muchos humanos. Tengo una gran capacidad de imitarlos. Soy el mejor platicador. Amo, admiro y me vinculo con muchas personas a lo largo de mi vida.

Mi cuerpo es muy flexible. Mis músculos se estiran y vuelven fácilmente a su posición inicial. Mis articulaciones me permiten doblarme y desdoblarme. Estoy hecho para moverme: camino, escribo, bailo, cultivo, trepo, hago yoga, teatro, circo, maroma y practico deportes. Muevo mis dedos, mis manos, mis carrillos y toco instrumentos musicales; puedo pintar, fabricar objetos, moverlos y llevarlos. Me mantengo vivo moviéndome.

Mis piernas son bastante más largas que mis brazos. Como ando sobre dos pies, tengo las manos libres para acarrear objetos, y la cabeza en alto para mirar escuchar y oler a lo lejos.

El gran lóbulo frontal de mi cerebro, mis manos con cinco dedos distribuidos para asir, mis cuerdas vocales adaptadas para producir decenas de sonidos y mi cuerpo flexible han hecho de mí el más sociable y mayor creador, descubridor y fabricante de variados objetos, herramientas, máquinas y obras artísticas que ha existido en el mundo.

Soy quien más preguntas se hace y más y más complejas respuestas se da sobre la vida, la muerte y todo lo que me rodea.

Soy quien comunica sus historias y sus experiencias no sólo a través de mis genes y mis ejemplos, sino gracias al lenguaje simbólico. Quien explora el pasado remoto y obtiene, guarda y transmite lo que sabe, conoce, descubre e inventa.

Soy quien hace rituales, quien encuentra símbolos en las nubes, en las estrellas, en las piedras; quien relaciona e interpreta.

La mayoría de mi pelo se encuentra en mi cabeza pero casi todo mi cuerpo está cubierto por una pelusa tan delgada y fina que es muy difícil verla o sentirla. Además, soy la única especie sobreviviente de una variedad de antepasados, los homínidos, que caminaban en dos piernas.

Hablo seis mil idiomas y me expreso en más de siete mil millones de personas que hoy están vivas poblando todo el planeta y una estación espacial. Habito en casi todos los lugares del mundo, gracias a mi habilidad para adaptarme, inventar y producir tecnología, usarla y modificar así los lugares donde me asiento para hacerlos amables y cómodos para vivir.

Nací en la habitación de una casa o en un cuarto de hospital, donde a mi mamá la acompañaban una o varias personas que me recibieron, me bañaron, me vistieron y muchas veces ayudaron a acercarme al pezón de donde tomé mi primer alimento.

Mi cabeza era grande y pesada en comparación con el resto del cuerpo, así que no podía levantarla. Recién nacido abrí grandes mis ojos pero sólo veía manchas que se movían. Escuché voces y reconocí las de mi mamá y mi papá pues las oía desde que estaba en la matriz de ella acabando de formarme. Era muy pequeño y desvalido. Me cobijaron, me abrazaron para darme de mamar. Mi cerebro no estaba

totalmente desarrollado, aún tenía que crecer más. Recuerdo susurros, cantos y unos brazos que me mecen, olor a leche materna, la luz y la oscuridad. Poco a poco fui despertando a la vida.

Mi familia y la comunidad de la que formamos parte me cuidaron dándome de comer, fui educado durante muchos años. Entre nosotros se creó una relación muy estrecha. Tardé un año en caminar, pasaron dos para que comenzara a hablar y crecí y aprendí velozmente hasta hacerme adulto a los 18 años o muchos más.

Sólo en tres de cada cien especies de mamíferos el macho participa en la crianza de los hijos. Yo, *Homo sapiens*, soy una de ellos, capaz de vivir en pareja o en pequeños grupos durante todos, casi todos o más que todos los años necesarios para criar a mis niños, adelantarme a sus necesidades y procurar relaciones con ellos y con sus descendientes que duran la vida entera. Podría parir hasta 25 bebés, pero casi siempre soy capaz de decidir cuándo tener uno y casi nunca paso de tres. Mi especie ha logrado que la mayoría de los niños crezcan y se hagan adultos. Según dónde habite y cómo me vaya, mi esperanza de vida oscila entre los 52 y los 78 años, pero puedo llegar a cumplir más de cien. Soy una de las especies más longevas de mi clase.

Soy el único que siembra, cultiva y cosecha verduras, raíces, frutas y granos para comer. He logrado aliarme con animales a los que doy abrigo y comida a cambio de devorarlos después, usar sus productos para vestirme, curarme o hacer mi casa, que me ayuden a transportarme o me defiendan de alimañas y posibles enemigos.

Soy también la que puede alimentarse de la mayor variedad de comida. La única especie capaz de cocinar sus alimentos y así comer y digerir mejor y más de éstos.

Soy capaz de usar el fuego también para cocer el barro y hacer cerámica, para forjar el hierro y construir herramientas, máquinas y otros objetos. Soy quien ha logrado producir electricidad y conducirla para mi beneficio; el gran explorador del universo, de los océanos, de lo más pequeño y lo más grande que existe. Quien más productos intercambia, el que viaja más lejos. Mi hogar es el planeta entero.

Soy capaz de destruir enormes regiones; de matarme a mí mismo, de esclavizarme, de torturarme y empobrecerme. Soy el mayor y más temible depredador del planeta; Fabrico armas y bombas cada vez más letales que acaban con ciudades, gente y ecosistemas enteros. Soy mi mayor enemigo porque dependo de lo que esclavizo y destruyo: las personas, el agua y el aire limpio, los bosques y selvas, plantas y animales diversos.

He logrado aislar innumerables moléculas y reproducirlas sintéticamente para mi beneficio; he inventado numerosos productos químicos que pueden permanecer cientos de años sin descomponerse haciéndonos daño a mí y muchos otros, atacando nuestro hábitat.

Durante varios siglos yo, el mamífero más joven del planeta, he llevado a la extinción a numerosas especies de plantas y animales. Hoy empiezo a darme cuenta de que su desaparición puede ser también la mía. Me pregunto si seré capaz de usar mi inventiva, mi poder de conocimiento y reflexión, mi inteligencia e

intuición, mi capacidad de estrategia y mi tecnología para cambiar y permitir que la naturaleza silvestre se regenere, para convivir en armonía con la biodiversidad.

Por lo pronto, en mí está esa decisión.

.

Para más información sobre mamíferos te recomendamos:

www.biopedia.com/mamiferos

www.conabio.gob.mx/institucion/conabio_espanol/doctos/biodiv51.pdf

wikifaunia.com › Mamíferos

<http://bios.conabio.gob.mx/especies>

kids.nationalgeographic.com/animals

<https://es.wikipedia.org/wiki>